



*Antes de
Medianoche*

KRISTEL RALSTON

ANTES DE MEDIANOCHE

Kristel Ralston

RESUMEN

Agobiada porque su visado de trabajo en Holanda está a punto de expirar, Lauren Wade empieza una carrera contra el tiempo en plenas festividades navideñas para lograr un empleo que le garantice permanecer en Ámsterdam. Nada le importa con tal de conseguir sus metas. Por eso, cuando una anciana, en absoluto indefensa, le ofrece un empleo a cambio de que logre que su obtuso nieto asista a una fiesta familiar, Lauren no se lo piensa dos veces. El verdadero reto empieza cuando conoce a Caleb Bescott, y se da cuenta de que no solo es un hombre atractivo, sino también un formidable enemigo cuando descubre que intentan manipularlo o burlarse de él.

Lo que más disfruta Caleb Bescott de su éxito en Nueva York es poder compartirlo con su familia. Lastimosamente vive lejos de su persona favorita: su abuela Sylvinna. Pero ella se las ingenia para conseguir que él siempre, esté donde esté, reorganice su agenda y la visite en Holanda. Él traslada su equipo de trabajo de Nueva York a Ámsterdam para poder pasar Navidad con los suyos. No obstante, ir a la tradicional fiesta familiar a sabiendas de que Sylvinna pretende que salga con la hija de su mejor amiga es lo último que piensa hacer. Caleb tiene pocos días libres antes de regresar a Nueva York y quiere disfrutarlos sin presión. Las relaciones pasajeras lo entretienen, pero cuando la chispeante y locuaz Lauren Wade entra en su vida él cree haber encontrado algo especial y distinto. Al menos es lo que piensa hasta que descubre que ella es tan solo una oportunista.

Antes de medianoche.
©Kristel Ralston 2016

Todos los trabajos de la autora están respaldados por derechos de autor, y registrados en la plataforma SafeCreative. La piratería es un delito y está penado por la ley.

Diseño de portada: Karolina García Rojo / Imágenes @Shutterstock

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema o transmitido de cualquier forma, o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

Todos los personajes y circunstancias de esta novela son ficticios, cualquier similitud con la realidad es una coincidencia.

ÍNDICE

Antes de medianoche

RESUMEN

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

Epílogo

SOBRE LA AUTORA

CAPÍTULO 1

—¿Otra vez se averió la calefacción? —preguntó Lauren de mala gana al silencio de la noche mientras cerraba la puerta de su piso. Se quitó la bufanda para dejarla sobre el sofá marrón. Sus botas de punta repiquetearon sobre el piso de parqué oscuro hasta que sus pasos se detuvieron en la cocina.

Puso a calentar una tetera.

Acomodándose en la silla del desayunador envió un mensaje de texto a su casero. Ellias Groen era un setentón tacaño. Y entre esas tacañerías resaltaban las pocas ganas de gastar en un nuevo sistema de calefacción para el edificio de seis pisos que rentaba a diferentes inquilinos.

Lauren quería cambiarse de sitio, y tan solo el bajo coste del alquiler se lo impedía. Doscientos euros al mes. Una ganga para un sitio tan bien ubicado. Vivía en Schaepmanstraat, Westerpark, a cuarenta minutos aproximadamente de la Estación Central de Ámsterdam, y a diez minutos a pie de los sitios que solían visitar los turistas en todas las épocas del año. Le quedaba muy cerca todo. Otro motivo para soportar al señor Groen y su mala disposición para implementar un sistema de calefacción que funcionara adecuadamente.

Durante el invierno, Lauren había decidido dejar la bicicleta de lado y tomar el bus. Congelarse las piernas pedaleando no era una imagen agradable. Comprarse un automóvil no era ni por asomo una meta a corto plazo. Apenas llevaba cinco meses en Ámsterdam, pero sentía la ciudad como suya. El ambiente próximo a la llegada de Navidad abarrotaba las calles, y sonreír no resultaba nada forzado.

Lauren era norteamericana, acostumbrada a que cada persona fuera a su aire, y cuando sus planeadas tres semanas en Holanda iban a terminar, Lauren llamó a su madre y le comentó que pensaba quedarse para buscar un empleo y organizar sus papeles. Al ser la única hija del matrimonio Wade, sus padres se mostraron reacios. De hecho, le dieron un plazo de cuatro meses para encontrar empleo y desear regresar a su natal Omaha, en el Estado de Nebraska. Lauren superó el plazo.

Lamentablemente su permiso de trabajo corría peligro, porque una semana atrás había perdido su empleo como recepcionista en un Bed & Breakfast, y con ello su sueño de abrir su propia compañía. No había sido culpa del matrimonio Voseen el hecho de que ella se hubiese quedado desempleada en el mes más movido del año. Habían tenido en mente la idea de vender su negocio, heredado de varias generaciones atrás, desde que Lauren empezó a trabajar para ellos. Con la crisis mundial, no era difícil entender que los Voseen hubieran decidido entregar su negocio al mejor postor.

Estaba agradecida con esa pareja, pues fueron Titus y Fanny quienes, sin rechistar, le gestionaron el GVVA, el permiso de trabajo que duraba hasta tres años en Holanda para extranjeros. Además, ese era el tiempo que se había trazado Lauren para ahorrar y montar su pequeña oficina. Y ahora todo se evaporaba porque ya no tenía

empleador que la auspiciara para continuar trabajando legalmente en Holanda y esperar con ello a tener la residencia. Lo último que tenía en mente era volver a Estados Unidos a vivir. Quería quedarse en Europa y absorber todas las posibilidades que el continente podía ofrecerle como empresaria.

Tiempo atrás se había licenciado en la universidad como ingeniera empresarial internacional, y le urgía poder sacar ganancias de la inversión económica que hizo para sus estudios. Tenía experiencia laboral en su natal Nebraska, pero con veintiocho años volver a trabajar para otros no era su máxima de vida. Aunque esa aspiración tuvo que quebrantarla con la finalidad de poder aspirar a un permiso de trabajo en el exterior. ¿Qué le quedaba bajo la manga? Los amigos que había hecho durante los meses que llevaba en Ámsterdam eran confiables, sin duda, pero no podía cargarles con sus apuros personales cuando ya todos eran adultos.

En las circunstancias por las que estaba pasando, a Lauren cualquier empleo le servía. El problema radicaba en que una plaza temporal no iba a solucionar el lío que llevaba quitándole el sueño desde que los Voseen la despidieron al vender su Bed & Breakfast: empezar de nuevo un trámite del GVVA con el auspicio de un nuevo empleador...

—¡Lauren! —gritó alguien al tiempo que el timbre sonaba con insistencia.

—Ya voy, ya voy —dijo antes de abrir la puerta. Ya sabía a quién pertenecía esa voz: su amiga Emke Van deer Gaart—: ¿Qué te trae por aquí? —le preguntó con una sonrisa mientras la rubia de grandes ojos verdes entraba.

A diferencia de Emke, Lauren tenía los ojos y cabellos castaños. Ambas eran un contraste tanto física como intelectualmente, pero debido a ello se complementaban muy bien.

—No ha de ser la calefacción maravillosa que tienes —replicó la holandesa, tiritando—. Madre mía, ¿cuándo piensas exigirle a ese cretino que arregle de una buena vez la situación? Pagas poco, pero le saldrá más cara una demanda a Groen cuando te dé una neumonía. Tengo buenos amigos abogados... me deben algunos favores, y de seguro no les molestará pagármelos demandando a un mal dueño de casa. —Se quitó el gorrito de lana y lo lanzó sobre el sofá.

Con una carcajada, Lauren fue hasta la cocina y sacó una taza extra para compartir. Sirvió el humeante té y regresó con Emke.

—Aquí tienes —dijo entregándole una taza con té negro—. Para que te descongeles. ¿Cómo ha ido el día?

—Depende —replicó mirando a Lauren sobre el borde de porcelana.

—Oh, oh, ese tono implica problemas.

Emke sonrió, pero en este caso se trataba de una sonrisa de disculpa. Ese detallito alarmó ligeramente a Lauren.

—Te inscribí en un trabajo. La entrevista es mañana al mediodía.

Lauren soltó un suspiro.

—Me asustaste. Esa es una buena noticia...

—Como acompañante para eventos —agregó la otra chica apresuradamente.

—¿Qué clase de *acompañante* estás insinuando con exactitud? —preguntó dejando la taza sobre la mesa de centro. De pronto lo último que le preocupaba era el frío. Su amiga era impredecible. Ese rasgo la convertía en una compañía agradable, aunque en este caso particular, al Lauren saberse inscrita en un trabajo como escort

no le causaba júbilo alguno lo cálido de la compañía de Emke.

—Pagan tres mil euros la noche por ir del brazo de algún millonario, hacerle buena conversación y después regresar feliz y contenta con un par de mejoras en la cuenta bancaria. Solo eso, Lauren.

—¿Por hacer de prostituta?

—Nooo. No se trata de ese tipo de compañía.

—Bueno, sea lo que sea, estás realmente mal de la cabeza, Emke. Necesito un trabajo, pero no estoy en números rojos. Puedo sobrevivir un poco más de tiempo...

—Tu visa de trabajo en Holanda está en el limbo. Necesitas algo urgente. En mi consultorio de sicóloga no necesito una asistente, pero podría...

—Puedo buscar otra cosa —la interrumpió— lo último que quiero es que te veas involucrada en un proceso que puede complicar tu ya de por sí disparatada agenda social. —Emke soltó una carcajada—. ¡Es cierto! En todo caso, te lo agradezco. Si hasta antes de que acabe el año no he logrado un empleo que me garantice un estatus legal en el país, no tendré de otra que marcharme a Nebraska.

Emke la miró fijamente. Se cruzó de brazos.

—Me parece absurdo pensar en claudicar cuando puedes multiplicar por cientos ese dinero en una noche. ¡No tienes que tener sexo con ellos!

—Emke...

—Hasta donde sé, el cliente firma un contrato de confidencialidad y también hay cláusulas en las que afirma que es consciente del tipo de servicio que contrata. Es decir, acompañante para un evento. Punto final. Solo es una solución inmediata para un problema inmediato.

—No estudié tanto para hacer de compañía a...

—¿Qué te parece si te presentas, haces las preguntas que te rondan por la cabeza y si, al final, no te conviene ni te convence... pues te olvidas? No vas a perder nada si tan solo vas a hacer preguntas. ¿Cierto? Nunca te pondría en una situación de peligro. Tengo amigas que han trabajado en esa agencia.

—Eso de ser sicóloga se te da bastante bien —replicó Lauren irónicamente sobre la profesión de su amiga. Bebió largos tragos de su té caliente.

Emke resopló.

—No insistiré, pero aquí tienes —le entregó una tarjetita de presentación— es la ejecutiva que se encarga del proceso de selección. Es una de las agencias más prestigiosas en su concepto de servicios de alto nivel. Todo es legal. —Lauren asintió y dejó la tarjeta junto al florero que tenía ante sí—. De momento —continuó Emke incorporándose. Fue hasta su bolsa, rebuscó unos trastes y sacó un disco duro externo pequeño— quiero que revises unos diseños maravillosos que ha hecho el famoso Pierre Fuagers para decorar el consultorio de mi socia.

—¿La sicóloga infantil? —preguntó Lauren.

—Exacto.

—Mmm... eso nos llevará un poco de tiempo, Emke. ¿Qué tal si vamos a cenar algo fuera? Y así me quito un poco la preocupación de lo que será de mí este mes de diciembre. Además, no puedo pensar con el estómago vacío.

—Trato hecho. Estas fechas de fiestas no pueden pasarse sin un trago doble, Lauren. Yo invito.

—¿Por la terapia psicológica gratuita que vas a darme en el restaurante?

—Ja-ja. Por el nuevo trabajo que te conseguí.

—Ya te dije que no me interesa...

—Con unas copitas de vino te convenzo —dijo, riéndose—. Anda, no seas pesada, que nada tienes que perder. —Lauren iban a replicar, pero Emke se anticipó —: Vamos a comer, ya iremos charlando en el camino de todo un poco.

Se abrigaron bien y salieron a las calles que ya estaban llenas de luces, transeúntes y turistas que empezaban a invadir la ciudad. Fueron hasta un sitio de comida tailandesa y estuvieron charlando hasta bien entrada la medianoche.

Compartieron un taxi de regreso.

Lauren entró a su departamento con la sensación de tener un peso menos de encima. Y con menos frío también, porque al parecer Ellias había sido lo suficientemente consciente para reactivar lo que fuera que hubiera quedado fuera de servicio horas atrás.

Revisó la contestadora por si tenía mensajes. Uno era de la compañía de luz. El otro de la compañía de gas. «Nada interesante.» Avanzó hasta su habitación y se cambió de ropa. Se aplicó crema hidratante. No era vanidosa, pero tampoco tonta. A los veintiocho años de edad, la piel no era igual que a los quince.

Con un suspiro abrió el cobertor.

Le quedaba hasta el día veintiséis de diciembre para renovar su permiso de trabajo. Era una carrera contra el tiempo y estaba decidida a ganarla.

Sonreír era lo último que le apetecía a Caleb Bescott durante esa mañana del frío mes de diciembre en la Gran Manzana, Nueva York.

Detestaba hacer un viaje cruzando el Atlántico, peor en una época tan complicada, pero no tenía de otra que complacer a Sylvinna, su abuela paterna. Caleb la adoraba, y ella aprovechaba para tirar de ese hilo emocional cada que le apetecía con la excusa de que iba a morirse pronto y lo echaba de menos.

Como el tiburón de los negocios que era, él era consciente de la manipulación emocional de su pícara abuela, pero también la entendía. Ella había enviudado dos años atrás y debido a su condición de salud los viajes tan largos los tenía prohibidos por el médico, aunque no por eso dejaba de manejar su empresa con mano firme. Era una viajera empedernida, y a pesar de que parte de la familia vivía en Europa, Sylvinna no podía continuar su ritmo de vida como cuando tenía quince años menos.

Caleb no podía negarse a verla. Toda la familia parecía había caído bajo el embrujo de Sylvinna y se prestaba a reunirse, una vez más, en la fría ciudad de Ámsterdam para celebrar las fiestas.

Con toda la potestad que le daba el cargo de presidente y dueño de Bescott Incorporated, Caleb decidió mover la junta de fin de año para que se llevara a cabo antes de Navidad. Sus ejecutivos no ganaban salarios paupérrimos para rehusar hacer lo que se les exigía: dar todo por la empresa. Eso incluía viajar por unos días fuera de la central de Estados Unidos, con todos los gastos pagados, hacia donde Caleb dispusiera. En ese caso: Holanda.

Jolley, su asistente personal, se dio a la tarea de coordinar la logística de boletos de avión y estadías en un mes tan complicado como diciembre, y así reorganizar la

agenda de los quince ejecutivos de alto rango de la empresa de telecomunicaciones que Caleb dirigía desde los rascacielos de Nueva York. Iba a darle un buen bono a su asistente, pues el trabajo que había realizado era impecable.

Así que ahora, Caleb estaba acomodándose en su asiento de clase ejecutiva ya próximo a aterrizar en el Aeropuerto Internacional de Schiphol, en Ámsterdam.

El jet de la compañía estaba en reparación, así que no tuvo más opción que comprar un boleto en una aerolínea común. No pudo conciliar el sueño durante todo el vuelo. Resultaba una tarea imposible cuando había niños gritando a todo pulmón o una azafata molesta que no cesaba de ofrecer bocaditos, licores o lo que fuera. ¡Cómo detestaba los vuelos comerciales!

—Damas y caballeros, les damos la bienvenida a Ámsterdam. Nuestra aerolínea agradece que nos hayan elegido y...

Caleb se desentendió de las palabras del Capitán cuando anunciaba que quedaban quince minutos para aterrizar. Observó por la ventana cada vez más cerca los canales y prados, ahora blanquinosos y carentes del verdor habitual, que hacían famosa la capital de Holanda.

Él disfrutaba conociendo diferentes sitios y culturas. Su familia estaba plagada de influjos de varios países. Grecia, Estados Unidos, Alemania y Holanda.

De hecho, su abuela era estadounidense, pero se enamoró de un holandés, y tuvieron a sus tres hijos en Europa. El padre de Caleb, Mark, se casó con una norteamericana y se quedó en Nueva York; Amanda y Tarah, se habían quedado en el viejo continente y se casaron, una con un alemán, y otra con un griego.

Los abuelos de Caleb pasaron los últimos días de sus vidas como matrimonio en Norteamérica. Al enviudar, Sylvinna quiso regresar a la ciudad en que se había enamorado del amor de su vida: Ámsterdam.

Caleb no era un romántico, pero la idea de casarse algún día no estaba lejos de su lista de intereses. Quería tener hijos y darles la misma infancia feliz que él y sus hermanas tuvieron, sin embargo, el trabajo lo consumía por completo. Él adoraba vivir en el Upper East Side, en su amplísimo piso y disfrutar del verano en los Hamptons con sus amigos. Aunque cada año que pasaba, la conquista de mujeres guapas y sexualmente desinhibidas que alguna vez lo atrajeron empezaba a dejarlo indiferente. Todo parecía demasiado monótono.

—Gracias —le dijo el agente una vez que sellaron su pasaporte, y Caleb estuvo fuera de la larga fila. Abrió las puertas que daban paso a la congestionada sala en donde los amigos y familiares esperaban la llegada de sus seres queridos.

Con las maletas en mano sus pensamientos relacionados a la vida en Nueva York se disiparon. En especial cuando se dio cuenta quién lo esperaba. Spyros. Su compinche y confidente. Su primo más querido. Era hijo de la tía Amanda, la que se había casado con un griego y gracias a quien todos conocían Grecia de polo a polo.

Spyros tenía la misma edad de Caleb, treinta y cuatro años. En sus buenos tiempos de andanzas juveniles salían de juega por las mejores discotecas de Mykonos. Cuando Spyros visitaba Nueva York, Caleb retribuía esos gestos con creces.

—¡Llegaste al fin! —expresó el griego de ojos celestes.

—Spyros —replicó Caleb con una sonrisa que iluminaba sus ojos azules, herencia de su madre, Lythia—. Un retraso típico de los vuelos comerciales.

—De dos horas —dijo mirando su reloj Chopard de oro con manecillas interiores

de diamantes—. Creo que me debes un par de tragos.

Caleb rio.

—Veremos.

—Y que me presentes una mujer guapa —acotó.

—Si antes no claudicas y prefieres quedártela tú.

Spiros soltó una carcajada.

—Eso puede pasar, sí.

Avanzaron por la terminal. Las mujeres, al observarlos juntos, se arreglaban el cabello, o la ropa, interesadas. Ambos eran muy atractivos por separado, pero juntos resultaban una combinación letal para las feromonas. Caleb, rubio y con un físico de un metro ochenta y nueve de estatura. Spyros, de cabello negro y piel morena, medía dos centímetros menos que su primo, pero su musculatura era igual de viril. Destilaban la innata seguridad que solo poseían los hombres que se sabían exitosos, y sin la modestia habitual de quienes negaban sus atributos físicos e intelectuales. Ellos sabían de qué estaban hechos, y no lo ocultaban.

—Así que la abuela se ha salido con la suya, ¿eh, Caleb? Te ha hecho venir en la época más complicada de tu negocio. —Le dio una palmada en el hombro mientras se acomodaban en los asientos del automóvil Maybach que conducía el chofer de Sylvinna. Uno de los legados de Fredor Bescott había sido la valiosa colección de quince carros de lujo, clásicos, y su ahora viuda había hecho otro tanto con automóviles más modernos. Ninguno de sus nietos o hijos podía quejarse de falta de un medio de transporte mientras estaban de paso por Ámsterdam—. Este año tiene grandes planes, según mi madre. —Spyros poseía una flota de cruceros de lujo por el Mediterráneo y un hotel cinco estrellas en Santorini.

—¿Sí? Pues habrá que temer esos planes —replicó Caleb guardando el teléfono en su bolsillo, después de haberle enviado un mensaje a Jolley para que estuviera al pendiente de las gestiones en Europa y las coordinara con la central y sucursales—. He trasladado mi junta anual aquí, y créeme Spyros, ya tengo suficientes líos por haberlo hecho. No quiero ni imaginarme lo que se le debe haber ocurrido a la abuela.

—Problemas para nosotros —comentó el moreno con tono trágico acelerando el potente motor.

Solo de pensar qué maquinaciones tendría esta vez Sylvinna, a Caleb le empezó a doler la cabeza.

CAPÍTULO 2

—Señora —sonrió la recepcionista un poco ruborizada— me parece que se ha confundido de sitio. Aquí no proveemos información para citas a ciegas.

Sylvinna Bescott no estaba acostumbrada a que le llevarsen la contraria. Había visto muy claramente el letrero de la agencia “Elite Companion”. Compañeras de élite. «¡Estas chicas de hoy en día! ¡Qué falta de entusiasmo!», pensó.

—Entonces, eso significa que no saben manejar el negocio —repuso Sylvinna frunciendo el ceño. Llevaba un precioso abrigo negro y el color de sus ojos celestes despedían chispas de contrariedad. Unas chispas que ninguno de sus nietos quería ver brillar frente a ellos—. Quiero hablar con la dueña.

La recepcionista, Sarah, evidentemente nerviosa, se aclaró la garganta. El local era muy discreto y con una exquisita decoración. En verdad parecía una agencia de moda y no lo que era en realidad: un sitio para acompañantes de lujo.

—Señora... —En ese momento la puerta contigua se abrió de repente, interrumpiéndola.

—Gracias por su amabilidad —dijo Lauren saliendo de la oficina trasera.

Había cumplido con Emke, sacándose las dudas que tenía sobre el sitio. Después de buscar en cada sitio que le parecía oportuno, y que podía auspiciar un permiso de trabajo para ella, Lauren se sentía agotada. Así que, en medio de su desespero porque tenía el tiempo en contra, fue hasta la oficina de empleos para acompañantes de lujo de la que Emke le había hablado una semana y media atrás.

La reunión que acababa de terminar con la gerente se lo había dejado todo muy claro: lo que ocurriese después de las horas contratadas por el cliente ya era asunto y riesgo de la ejecutiva. Así las llamaban. *Ejecutivas*.

Lauren empezaba a resignarse a la idea inminente de tener que volver a Estados Unidos. «Quizá podría empezar de cero y con mi familia alrededor», pensó en un fútil intento de consolarse.

Avanzó hacia la salida, pero una elegante mujer la detuvo con su voz autoritaria.

—¡Usted! —exclamó Sylvinna al ver a la muchacha que salía cabizbaja—. ¿La han despedido?

—¿Me habla a mí? —preguntó Lauren extrañada, mirando a uno y otro lado.

La mujer de abrigo negro hizo una ligera mueca torciendo los labios hacia la izquierda. Un síntoma de que la consideraba alguien con poca capacidad lógica.

—Claro, ¿ve a otra persona en esta recepción? —replicó con acidez. Frustrada por la negativa de su nieto a aceptar una pequeña cita con una chica que ella consideraba una excelente candidata decidió buscar una agencia moderna para encontrar pareja. Nada deseaba más que Caleb encontrara la felicidad que ella tuvo durante toda su vida matrimonial. Y si iba a requerir meterse en esos raros campos modernos de encontrar el amor, pues no le importaba.

Lauren se arrebujó en su abrigo.

—Bueno, no, no veo a nadie más alrededor. —Se encogió de hombros—. Y no, respondiendo a su primera pregunta, no me han despedido. No trabajo aquí. No tengo trabajo, de hecho —acotó con pesimismo—. Ahora, si me permite...

—Me gustaría tener una sala más cómoda para que puedan charlar a gusto —dijo Sarah, interrumpiéndolas y visiblemente incómoda— pero lo cierto es que somos muy discretos con nuestros clientes, y no nos gusta ventilar conversaciones de esta manera. Siento que...

Sylvinna miró a la mujer con frialdad.

—¡Qué malos modales! —expresó dando un bastonazo sobre el suelo de impecable mármol.

—Señora, si tiene la amabilidad de...

—Impresionante la grosería, jovencita —dijo la anciana, no sin antes reparar en que la otra chica la miraba perpleja, así que le sonrió—: Si te has quedado con el corazón roto porque una cita salió mal, y la agencia no quiere mantener tu perfil en sus páginas digitales, no te preocupes, quizá tenga algo para ti.

La recepcionista, dándose por vencida, se desentendió de ese par. Tenía mucho trabajo por delante, y no quería perder su tiempo. Empezó a atender llamadas.

—No me confunda —murmuró Lauren, sonrojándose. ¿Qué tendría en mente una mujer tan elegante como la que tenía ante ella para haber acudido a una agencia de escorts? —. Solo vine a averiguar si aquí el sistema de...

—Te invito un té para que podamos charlar y te hablo de la propuesta que se me acaba de ocurrir. Suelo dejarme llevar por mis instintos y estos me dicen que podemos llegar a un acuerdo. Además, ¿es justo quedarse sin un poco de romance en vísperas de Navidad? Obviamente, no. ¿Desde hace cuánto tiempo perteneces a esta empresa de citas románticas...?

—Bueno, en realidad yo...

—¿Aceptas el té? —le preguntó con voz imperiosa y melódica.

Lauren se rio. La expresión de confianza y decisión de la anciana era muy similar a la de su madre. Debería dudar en considerar irse con una desconocida, pero era el tipo de persona que también seguía sus instintos, y estos le decían que la mujer no iba a cortarla en trocitos y lanzar sus restos a una manada de lobos. ¿Qué tan ofensiva podría ser una anciana que acababa de confundirla con una mujer con el corazón roto, y en una agencia que erróneamente consideraba que era de citas románticas en lugar de acompañantes de lujo para hombres?

Tomaría el té y luego dejaría aclarado el error. Después trataría de organizar las piezas de su vida... o las maletas de regreso a Nebraska. ¿Que si no era luchadora? Lo era, sin duda, pero le gustaba hacer las cosas a derechas.

—De acuerdo, ¿señora...?

El semblante de la mujer de cabellos blancos se suavizó por completo.

—Oh, no te preocupes por las formalidades conmigo —replicó observando a la indiferente recepcionista que en ese momento atendía un cliente que acababa de entrar por la puerta giratoria—. Me llamo Sylvinna. Prefiero eso al “señora”.

—Lauren Wade. —Extendió la mano, y un fuerte apretón le dio a entender que la imagen de mujer suave y agradable era bastante distante del verdadero temple de la señora que tenía frente a ella.

Fuera nevaba copiosamente. No era para menos.

—Será una agradable charla y sé que te gustaría la idea que tengo en mente —dijo muy satisfecha de haber aprovechado la situación. «Pobre muchacha, tratando de encontrar el amor y que la echaran de la lista de clientes de una agencia de citas a ciegas», pensó—. Iremos a un sitio que queda bastante cerca.

Un Mercedes Benz muy elegante y moderno recibió a Lauren con una deliciosa calefacción que la hizo sonreír de placer. Ah, qué a gusto estar calentita mientras observaba la nieve y los transeúntes abrigados de pies a cabeza.

Durante el viaje hasta uno de los restaurantes más concurridos de la ciudad, Sylvinna le contó un poco de su vida, y Lauren hizo otro tanto, con mesura. En la autoritaria y decidida anciana había algo que motivaba el sentido de empatía.

Lauren le explicó que no estaba en esa empresa en que se conocieron para buscar una cita romántica, sino porque ofrecían un servicio de acompañantes y quería hacer unas preguntas para salir de dudas. Sin embargo, Sylvinna creía que ella estaba inventándose la historia para salvaguardar su orgullo al buscar el amor por vías menos convencionales que las que se estilaban en los tiempos antiguos. Imposible discutir, al menos es lo que decidió Lauren, y prefirió a cambio escuchar lo que la señora iba contándole. Su matrimonio. El amor tan fuerte hacia su familia.

—Quiero que conozcas a mi nieto, Caleb —dijo cuando les hubieron puesto muy solemnemente un juego de té, muy al estilo inglés—. El muy testarudo no sienta cabeza por tenerla metida en los negocios. Y esas mujeres con las que ha salido —lanzó un silbido impropio de su elegancia, y aquello hizo sonreír a Lauren— no son material permanente. Así que mi propuesta es muy sencilla.

Lauren se recostó contra el asiento.

—Escucho.

—Entiendo que el amor es importante para ti —argumentó, y Lauren trató de no atorarse con el cruasán que estaba comiendo— y ya sé que estamos en tiempos difíciles. Dime, ¿de dónde eres? Porque ese acento...

—Soy norteamericana, nací en Nebraska, y llevo unos meses por este lado del mundo.

—Entonces estás de vacaciones.

—Así empezó todo —sonrió— aunque lo cierto es que ahora estoy buscando empleo. No sé qué tipo de propuesta es la que tiene usted en mente, pero la verdad es que quizá no me quede mucho tiempo en este país. Al menos no legalmente.

—¿Eso qué significa?

Suspiró. Echó dos cucharaditas de azúcar al té y mezcló con lentitud.

—Necesito renovar mi visado de trabajo. Mi anterior empleador empezó el trámite, pero la compañía se vendió y me despidieron. Así que estoy tratando de encontrar algo estable y con garantías de poder quedarme aquí.

La sonrisa de Sylvinna se iluminó.

—Poseo una compañía que hace y distribuye fragancias personalizadas en el país. ¡Necesito una persona que se encargue de vigilar al equipo de ventas que trabaja en la tienda principal! Algo así como una supervisora que no esté involucrada en el negocio de lleno. Entonces ahora yo puedo tener algo que necesito y tú una recompensa a cambio. Este sería el trato perfecto.

—No pilló nada. ¿Me explica mejor?

Sylvinna asintió. De pronto todo parecía encajar perfectamente entre sus

maquinadoras neuroncitas. Había salido con una intención y las piezas en el camino la habían empujado hacia otra dirección. Una excelente... si acaso la muchacha que tenía ante ella aceptaba su idea.

—Todo lo que tienes que hacer es conseguir que mi nieto te lleve a la fiesta de Navidad que daré este año... Mi nieto es un rompecorazones, un breve romance navideño sería estupendo para ti y ya que al parecer tu rostro no grita de alegría ante la perspectiva de considerar enamorarte —Lauren soltó una carcajada— entonces será esa tu misión: llevarlo a la fiesta. El pago es un empleo y tu auspicio para tramitar el permiso de trabajo.

Lauren se rio con ganas. No pudo evitarlo. La mujer tenía agallas.

—¿Qué ocurre si no le gusto a su nieto, y de paso me echa por impertinente...?

—No se trata de gustar o no, sino de lograr empatizar con él. No es una persona fácil, pero una vez que logras llegar a Caleb te das cuenta lo sencillo que es llegar a apreciarlo. En fin. Ya te he dicho lo que obtendrías a cambio: empleo y garantía de que auspiciaré tu permiso de trabajo.

—Apenas la conozco, Sylvinna, y me gustaría tener un contrato firmado de que hará lo que está prometiéndome. Es un gran riesgo. Puede que su palabra, con todo respeto, sirva en esta ciudad o cualquiera que se jacte de ser cosmopolita y de negocios, pero yo la conozco hace menos de tres horas. Quiero una constancia legal.

—Por supuesto —le extendió una tarjetita— guárdala. Está mi número personal. —Se puso de pie—. Le daré instrucciones a mi asistente y tendrás tu contrato, si aceptas... Mi nieto no se quedará demasiado tiempo en Ámsterdam. Si no eres tú...

—Encontraré otra persona... u otro modo —completó Lauren. «Y yo me quedaré sin visa, sin trabajo y sin sueños en este país.»

Sylvinna no se molestó en negarlo. Las cosas funcionaban o no funcionaban. Y ella estaba en el ocaso de su vida como para andar perdiendo el tiempo.

—Lo quiero en mi fiesta navideña, sí o sí.

—¿Por qué? —preguntó con suavidad Lauren poniéndose también de pie. Era la entrevista más surrealista que hubiera vivido.

—Cree que intento emparejarlo con Brook Hasbath, la nieta de mi mejor amiga.

—¿Y eso es cierto?

—Quizá —expresó con un tono algo culpable— pero Brook es una candidata perfecta para él. También vive en Nueva York como Caleb. —Hizo un gesto con la mano—. En todo caso, no sé cuántos años más yo siga en este mundo y quiero ver a mi nieto disfrutando de la alegría de poder compartir con alguien que lo comprenda en todo sentido, y sé que Brook ha sido criada muy parecida a él.

—Hacer de celestina para que él se encuentre con la mujer con quien usted desea emparejarlo puede parecer fácil, pero si se enterase de que estoy tendiéndole una trampa solo para que usted consiga su propósito y yo el mío...

—Consigue que mi nieto te lleve a mi fiesta de Navidad, y obtienes tu permanencia legal en Holanda —interrumpió haciéndole de la mano al camarero y luego a su chofer que estaba esperando órdenes— ese es el trato. Ahora, puestas las cartas en la mesa, Lauren, ¿qué te parece la propuesta?

—Me parece una locura. Una completa locura —dijo ajustándose la bufanda.

—¿Acaso no lo es la vida misma?

Y con esa pregunta, Lauren, se convenció de que no tenía nada que perder. Solo

debía que convencer a un hombre de ir a una fiesta. «¿Qué tan difícil puede ser?»

—Tenemos un acuerdo, Sylvinna.

—Hablaré con Agnes para que lo organice todo con el equipo legal.

—Gracias...

Al salir esa mañana de su departamento, lo último que hubiera esperado Lauren era un giro del destino como el que acababa de experimentar.

—Te llevaré a mis oficinas. En el camino te muestro algunas fotografías de mi nieto y te cuento un poco más sobre él.

—Claro...

—Por cierto, cualquier gasto en el que incurras: vestimenta, joyería, lo que sea, correrá por mi cuenta, durante los siguientes días. Instruiré a Agnes que también se encargue de ello.

Lauren negó. De ninguna manera iba a permitirlo.

—No, Sylvinna. Yo preferiría no llegar tan lejos. Déjeme hacerlo como soy. Sin poses. Mejor dígame, ¿en dónde puedo encontrar a su nieto?

La puerta principal se abrió ante ellas, y empezaron a avanzar hasta que vieron que el chofer reemplazaba al valet parking del restaurante. Se acomodaron en los asientos de cuero mientras la calefacción las arropaba.

—Aquí tienes la dirección del hotel en el que se hospeda. —Sylvinna le extendió un papel escrito a mano con la información. Luego guardó de nuevo su Montblanc en el bolso Hermès que tenía a su lado.

—Supongo que debería empezar a inventarme una buena excusa para verlo —comentó Lauren mirando el papel con bordes de marfil. Ni siquiera un pequeño trozo de papel salía de los cánones de elegancia y opulencia, pensó la norteamericana.

—Es parte de tu acuerdo.

—Una característica que imagino tendré que explotar...

—Para sobrevivir a veces tenemos que hacer lo impensable. Después de todo, no es gran cosa lo que te estoy pidiendo.

«Supongo que no», pensó Lauren. Había dado su palabra y ahora iba camino a firmar un contrato que duraba solo unos días.

Caleb estaba terminando de coordinar un informe de proyecciones económicas con su gerente de calidad, y el gerente financiero. Tenían entre manos un nuevo sistema de red para dar soporte a empresas hoteleras.

Llevaba casi dos semanas en Ámsterdam y se sentía, curiosamente, relajado. Quizá por estar en un país distinto o por ser capaz de disiparse en las noches saliendo a tomar algo con amigos y con Spyros. Cuando saludó a su abuela, días atrás, le dio notó que la muy bribona continuaba gozando de buena salud. El resto de la familia ya estaba al corriente de la gran reunión navideña que Sylvinna había organizado en esta ocasión en el Hotel De L'Europe.

—Eso es todo, Caleb —dijo Hengel Ashton, el último alto mando de la larga línea que cuidaba que cada producto de la compañía cumpliera los estándares de calidad más óptimos—. Enero será prometedor si aceptan este plan —removió unos documentos y después bajó la tapa de la MacBook Pro— en conjunto con las

implementaciones nuevas. Tal como analizamos hoy con el equipo, las proyecciones económicas auguran un crecimiento considerable del seis por ciento en utilidades.

—Es un margen importante considerando cómo se ha estado moviendo el mercado tecnológico —acotó Balua Matheous, el gerente financiero.

Caleb estaba sin corbata y se había recogido las mangas de la camisa hasta los codos. Llevaba trabajando diez horas seguidas con su equipo. Estaba extenuado, pero ya tenían todo finiquitado. Podía disfrutar los próximos cinco días de fiestas navideñas antes de regresar a Nueva York y recibir el nuevo año en alguna de las recepciones que solían darse en las lujosas mansiones de sus colegas empresarios.

—Entonces hemos terminado por hoy —dijo el joven presidente de la empresa. Se incorporó—. Gracias por todo, señores.

—Han sido días complicados, Caleb, pero han valido la pena —expresó Balua, imitando el gesto de su jefe. Lo siguió Hengel.

—Daré una cena para cerrar el año antes de Navidad, no lo olviden. —Los ejecutivos asintieron—. Podrán regresar todos a Estados Unidos después de eso tal como acordamos. O antes, no es obligación, pero es un festejo que merecemos.

El cielo ya estaba oscuro. Los tres eran los últimos ocupantes de las oficinas que habían rentado para trabajar en la ciudad. El resto del equipo se había retirado cuarenta minutos atrás.

—Por supuesto —comentó Hengel— un gusto trabajar para ti.

—Igual pienso yo —secundó Balúa.

—Hasta dentro de unos días, caballeros.

Los especialistas abandonaron la sala.

Minutos después de recoger sus pertenencias Caleb se abrigó bien y luego salió de la oficina de diez pisos. Era una idea interesante rentar pisos completos de oficinas de lujo para compañías internacionales por periodos cortos, pensó mientras abría la cajuela de su automóvil. Quizá podría comprar una propiedad en Nueva York y aplicar ese mismo concepto. ¿Acaso no era mejor diversificar mercados e inversiones?

Puso en marcha el Maserati Indy plateado, fabricado alrededor de los años sesentas, que su abuela le había dicho que podía conducir durante su estancia. Él prefería rentar un automóvil, pero herir los sentimientos de Sylvinna en Navidad iba a convertirse en una letanía que no tenía ganas de escuchar. Por otra parte, ¿para qué complicarse la vida si solo iba a permanecer un lapso corto en Ámsterdam?

Esa noche, aunque estaba molido de cansancio, tenía un pendiente. Spyros le había concertado una cita. Caleb no dudaba del buen gusto que podría tener, no en vano fueron compinches de juerga tanto tiempo. Y a pesar de los años, y la distancia, no solían dejar de frecuentarse al menos tres veces al año. Esas contadas ocasiones eran memorables. Tan memorables como las juergas que armaba Spyros en Santorini o en Mykonos con los mejores vinos, sensuales mujeres dispuestas a todo y un ambiente de decadente opulencia que jamás caía en la vulgaridad.

Aún le costaba a Caleb entender cómo lograba su primo tener el tino preciso para entremezclar una juerga sin que esta pareciera sórdida. No, no eran orgías, tan solo fiestas que duraban hasta el amanecer y más allá. Todos eran adultos y lo que hicieran o no era asunto de cada cual. Quienes asistían, la lista era muy selecta eso sí, sabían la hora de convocatoria, pero jamás la hora en que acababa todo.

La última juerga de su primo fue dos años atrás. El ritmo de vida de cada uno, las

ocupaciones y demás, los habían obligado a cambiar un poco. Los conciertos privados, música estruendosa, yates en alta mar, y exóticas islas donde bailar era solo una parte de la diversión, parecían haber quedado en el olvido. Aunque no por eso la insistencia de su pariente griego por intentar que conociera a guapas mujeres con las cuales salir, conversar...

Según Spyros en este caso particular, la cita, se trataba de una mujer independiente que trabajaba en una corporación aduanera y, al igual que Caleb, no buscaba atarse a nadie, solo pasarla bien. Se llamaba Marie LeFamn. Hija de diplomáticos franceses afincados en Holanda.

La perspectiva de estar con una mujer guapa, le atraía a Caleb, no por hacer conversación precisamente, sino más bien para disipar la tensión laboral con una buena sesión de sexo. Spyros le dijo que no se preocupara por nada, pues Marie lo esperaba en el lobby del hotel a las diez de la noche. Que era imposible que no notara de quién se trataba porque la mujer resaltaba a simple vista del común de su género.

Caleb giró en una calle hasta que divisó el hotel. La ciudad estaba llena de nieve. Los comercios iluminados y la vida nocturna encendida. Por supuesto, eran pocas las personas que se aventuraban a salir ante esa temperatura, los bares estaban atestados y quienes disfrutaban de la cultura acudían a los conciertos que solían darse.

Le dio las llaves del Maserati Indy al valet parking cuando al fin llegó al Waldorf Astoria Ámsterdam. Él nunca llegaba tarde, pero al parecer ese día iba a ser una excepción.

Entró al hotel con prisa.

Solo quería darse una ducha caliente y disfrutar de una copa a solas, pero una parte de su anatomía necesitaba descargar su energía de una forma más... activa. No quería imaginarse cómo llegaría a los cuarenta años si continuaba con un ritmo que lo mantenía en constante alerta y perenne estrés. Recorrió el lobby con la mirada. Fue a la recepción y preguntó si acaso tendría alguien que se hubiera anunciado esperándolo. Con una sonrisa, la recepcionista asintió.

—Tal como ordenó el señor Spyros Menoustho le entregué una copia de la llave de su habitación en el caso de que —miró el reloj que tenía detrás del escritorio de mármol negro de la recepción— pasaran las nueve de la noche y usted no hubiese llegado. —Le dedicó una mirada de disculpas antes de agregar con nerviosismo—: Espero no haber hecho mal, usted es el huésped, pero el señor Menoustho me mostró la identificación y...

—Comprendo —replicó Caleb. En ese momento se dio cuenta de que la recepcionista era nueva, pues otra administración de turno no hubiera permitido bajo ninguna circunstancia que un familiar o lo que fuera interviniese hasta el punto de entregarle la llave de la habitación de un huésped. Debería presentar una denuncia, pero tenía demasiado cansancio y no quería que Marie esperara más de la cuenta—. Que sea la primera y última vez que me hospedo aquí y, sin haber dejado una instrucción clara, se le entrega la llave de mi suite a una desconocida. Por más que se presente mi propia madre a hablar bien de ella o en este caso Spyros Menoustho en carne y hueso. ¿De acuerdo?

—Yo... lo... lo siento, señor Bescott, como cortesía yo... imaginé que era su prometida porque cuando...

Él elevó la mano para que hiciera silencio.

—He dicho que lo dejaré pasar. No quiero ninguna cortesía tan solo que nadie me interrumpa. Mañana quiero una nueva suite. Nueva llave electrónica.

La muchacha asintió profusamente.

—Sí, sí, claro, señor. Como diga. La señorita...

—Ya sé quién es la persona que me espera, y solo por eso su puesto de trabajo estará a salvo. —Se inclinó hacia ella ligeramente. Era una muchacha guapa, pero no le gustaban ya las mujeres guapas y tontas—. ¿Nueva en el empleo?

—Cinco días...

—Procura no cometer equivocaciones de esta magnitud, pues no te lo van a dejar pasar en una gran corporación si alguna vez deseas expandir tus alas. —Se alejó del escritorio, dejando a la muchacha con la palabra “gracias” en los labios.

«¿Prometida? Vaya que Spyros se las ha ingeniado esta vez», se dijo él mientras se escuchaban de fondo musical a Michael Bublé en su versión navideña.

Caleb presionó el botón del elevador.

Se frotó el puente de la nariz con los dedos y cerró los ojos hasta que las puertas le dieron paso al último piso. Abrió la puerta de la suite. Todo era un completo y absoluto silencio. Había esperado a una mujer despierta, incluso furiosa por hacerla esperar, pero no una mujer completamente dormida.

Dejó sus pertenencias sin ningún orden en particular en un sofá tono mostaza de la antesala, antes de acercarse hasta donde se encontraba la cama.

La figura femenina estaba de espaldas a él. Llevaba un vestido verde oliva y todavía tenía los *leggings* negros. Caleb se acercó más y observó las botas de punta y tacón en la alfombra. La luz encendida era la del pasillo que conectaba el lobby de la suite con la habitación interior en la que ahora se encontraba. Las manos de la mujer reposaban bajo la mejilla. Parecía tan apacible que él sintió unas irrefrenables ganas de acostarse a su lado y abrazarla.

«¿Acostarse y abrazarla?» El cansancio empezaba a ponerlo tonto.

Era hermosa de un modo poco convencional. Exótica. Esa era la palabra exacta para describirla. Los labios estaban ligeramente abiertos y parecía muy cómoda. Se preguntaba de qué color serían sus ojos y si acaso combinarían con esa piel de alabastro. Había llegado una hora tarde a la cita. Y no solo era la primera vez que le ocurría aquello; el hecho de que una mujer se durmiera en una “cita” —si acaso podía llamarse de ese modo— también implicaba una novedad.

No había contemplado la posibilidad de que la junta se pudiera extender tanto. Entre una y otra charla con sus empleados fue prácticamente imposible poder llamar a Spyros para que avisara a Marie que quizá no iba a poder llegar a tiempo. Su primo se había negado a darle el número privado de ella. Argumentó la negativa con la explicación de que no iba a permitirle perder la oportunidad de conocer a Marie.

Caleb hizo una negación con la cabeza y se apartó de la cama. Sintió ganas de reír por lo ridícula de la situación.

Fue hasta el cuarto de baño y empezó a desnudarse. Abrió la ducha y dejó el agua caliente correr por su atlético cuerpo.

Despertar a Marie no era una opción... sería una tremenda grosería después de que el culpable de que ambos estuvieran en una situación absurda era él. La asumía a plenitud. Aunque al verla dormida la idea de despertarla a besos se había colado por su mente. «Una mente cansada y lujuriosa en una noche bastante peculiar», pensó

mientras frotaba el jabón líquido cuya fragancia era una mezcla muy masculina de sándalo y madera. Podía acabar con la frustración sexual tomando su placer por cuenta propia bajo la ducha, pero optó por apoyar las manos contra la pared y dejar que el agua le despejara la cabeza.

Quizá a la mañana siguiente pudiera disculparse y así retomar la idea de pasar entre las sábanas con Marie. Si es que estaba dispuesta, por supuesto... o si no se largaba antes de que él tuviera oportunidad de abrir los ojos.

CAPÍTULO 3

—Marie, despierta —susurró alguien muy cerca.

Lauren detestaba que la despertaran, peor si le hablaban llamándola como si fuese otra persona. Hizo un movimiento con la mano para acallar esa voz. Debía estar soñando con sus vacaciones en Marbella para el próximo verano. Eso era preferible a dejar de dormir. Se estaba tan cómoda en su cama, pensó estirándose un poco y con una sonrisa satisfecha.

—Hey, son casi las diez de la mañana... —repitió la voz desconocida.

«¿Ahora escucho voces?» se preguntó frotándose los ojos. Tratando de apartar la voz de su cabeza, estiró los brazos para desperezarse.

—¡Ouch!

Lauren abrió los ojos de inmediato y ahogó un grito.

Miró al hombre que estaba a su lado. No llevaba camisa. Tenía un bóxer azul oscuro y la contemplaba con una mueca mientras se frotaba el ojo que, evidentemente, ella acababa de pinchar.

—¿Quién eres tú y q... qué haces en mi...? —Lauren no terminó la frase. Contempló su alrededor. No era su habitación. No, no lo era. Odiaba las mañanas porque se solía desorientar, pero jamás hasta el punto de acostarse con un extraño y olvidarlo. Se miró la ropa. Iba vestida. Solo se había quitado las botas... Entonces recordó. Caleb. La abuela. Su permiso de trabajo—. Oh... verás...—murmuró incorporándose con las manos sobre el colchón. «Debo parecer una bruja con el cabello todo alborotado.» —Siento lo de tu ojo —dijo avergonzada.

Caleb nunca había visto una mujer tan bonita como Marie. A la luz de la mañana parecía un ángel con un cuerpo seductor. Estaba completamente vestida, aunque no por eso la presión de la ropa, aplastada contra la piel debido al sueño, dejaba de evidenciar cada curva de su anatomía.

—Creo que mi ojo sobrevivirá —expresó con una mueca—. Buenos días.

El corazón de Lauren empezó a palpitar y un frío gélido le recorrió la columna. De cerca, Caleb era más que imponente. Las fotografías que Sylvinna le había mostrado no eran capaces de hacer justicia al hombre en carne y hueso. ¡Dios! ¿Cómo lograría convencer a un hombre que, exudaba por los poros autoconfianza, para hacer algo que no quería: ir a la fiesta de Sylvinna?

—Errr...

—Siento haberme tardado —comentó él con sinceridad—. La reunión se extendió más de lo debido, Marie, aunque me hubiera gustado acortarla de haber sabido que una mujer tan guapa como tú me esperaba.

«¿Quién rayos sería Spyros?», se preguntó Lauren tratando de dirigir sus pensamientos de una manera coherente en una mañana que parecía muy confusa. Solo se había querido recostar para observar, a través del gran ventanal que daba a la ciudad, cómo caían los copos de nieve asemejándose a algodones desde una altura tan

considerable. En algún momento debió dormirse...

—Me gustaría decirte que...

—Soy yo el que se disculpa —interrumpió con suavidad y apoyando la cálida palma de su mano sobre el colchón, mientras se acomodaba en la esquina, mirándola—. Se suponía que debía estar contigo a las nueve para cenar. Spyros me dijo que eras una belleza con un ingenio atractivo —sonrió de forma encantadora. Le gustaba la mujer que tenía delante— aunque la realidad no le hace justicia a lo que pudiera haber imaginado.

¿Cómo es que la había llamado...? ¿Marie?, pensó Lauren con el cerebro ya menos abotargado. «Y aparte el hombre poseía una vena encantadora. Pufff.»

—Debiste despertarme... —susurró al contemplar el sofá que estaba cerca y con la huella evidente de que Caleb era quien había dormido en él—. Estaba invadiendo tu espacio en mi intento de sorprenderte —comentó recordando que solo tenía unos cuantos días para lograr hacer efectivo el acuerdo que había firmado el día anterior con la abuela de ese hombre.

Caleb chasqueó la lengua.

—Descansé bastante bien, y me alegro de que alguien tan guapa me sorprenda de este modo —expresó incorporándose. Lauren no pudo evitar reparar en la erección mañanera de Caleb, pero de inmediato cambió el curso de su mirada. Aunque no lo suficientemente rápido como para que él lo pasara por alto—. Al fin puedo ponerte rostro —sonrió observándola con intensidad— y debo decir que los gustos de Spyros son impecables. Eres más que guapa, aún con el cabello despeinado.

Lauren dejó escapar una risa que rompió el hielo, pero no por eso su corazón dejaba de palparle a mil por segundo debido a la incertidumbre de lo que iba a ocurrir a partir de ese momento. «Si él cree que soy Marie, no voy a sacarlo de su error. Solo tengo que conseguir que vaya a una fiesta.» Decidió aprovechar el mal entendido.

—Supongo que gracias —replicó sonriendo.

—Soy Caleb Bescott y vivo en Nueva York, aunque estaré por aquí los próximos días. Imagino que ya lo sabes por Spyros.

Ella no tuvo de otra que asentir.

—Encantada de conocerte. —Se apartó con suavidad de las sábanas y puso distancia con Caleb al incorporarse del todo, porque descubrió que el calor que sentía en su cuerpo no tenía relación alguna con la temperatura ambiente de la suite—. Será mejor que me vaya a casa a cambiar. —Fue a recoger sus botas y empezó a ponérselas.

—Déjame dar una ducha y regreso contigo. A menos que... —recorrió con la mirada el cuerpo de Lauren— quisieras acompañarme.

Sin poder evitarlo ella elevó la mirada para encontrarse con la de él y se sonrojó. Trató de no mirar los abdominales definidos de Caleb, pero falló en su intento. Si era un empresario tan ocupado, ¿en qué momento del día se dedicaba a cultivar un cuerpo como ese?

—Errr... yo...—empezó tartamudeando. ¿Qué rayos le pasaba? No iba a conseguir una segunda cita, si continuaba pareciendo una mujer que no entendía de qué iba el flirteo—. Acabo de despertarme y necesito un poco de cafeína —atinó a comentarle. Algo que no estaba fuera de la verdad.

Caleb se acercó, le tomó la mano con la suya, y sonrió. Le acarició con el pulgar la

muñeca. Ella enlazó su mirada, cautivada por la apostura de ese hombre, y se mordió el labio inferior. De inmediato, sintió la mano libre de Caleb recorriéndole la boca y observándola como solo lo haría un depredador que había encontrado una presa de su gusto. Daba la casualidad que la presa era ella.

—Me doy una ducha y te llevo a tu casa, luego te quiero compensar con un desayuno como mereces.

Los cabellos rubios y ojos azules de Caleb, combinados con una estructura ósea que parecía cincelada por los griegos y esos labios que prometían placeres innombrables, parecían haberle freído el poco cerebro que estaba en funcionamiento. En Europa había hombres guapísimos, por favor, nadie lo dudaba. Se había acostado con uno durante su primera semana en Ámsterdam. En Estados Unidos tuvo dos novios y estuvo prometida, aun así todos esos hombres juntos no lograban equiparar el aura viril y dominio de sí mismo que parecía tener el hombre que tenía ante ella. Caleb Bescott era una categoría en sí misma.

—En ese caso...gracias —murmuró. ¿Qué ocurriría si Caleb se daba cuenta de que no era la mujer que esperaba, y que había sido contratada por su abuela para llevarlo a una reunión que él evitaba? «Un permiso de trabajo a las puertas, mejor piensa en eso», le susurró una vocecita con tono marcial en su mente—. Dime el sitio en el que debemos encontrarnos.

—¿Crees que voy a ponerte en peligro de alguna manera? —preguntó ofendido y con el ceño fruncido—. Si te sintieras amenazada hubieras obedecido ese instinto femenino que siempre está alerta, y hubieras salido corriendo apenas despertaste.

Ella se aclaró. Estaba comportándose como una boba cuando lo que necesitaba era ganarse la voluntad de Caleb. Debía recordar que estaba ahí, no como invitada, sino por un motivo de trabajo.

—No, claro que no —replicó—. Sería bastante absurdo después de haber dormido en la misma habitación, y que tú no hayas tratado... —hizo un gesto nervioso con la mano— errr...

—¿Intentado seducirte? —preguntó con su voz sensual. Ella asintió—. Oh, pero no te confundas, Marie, porque el hecho de que no haya intentado hacer nada anoche, no implica que me dejes indiferente y menos que no piense hacer nada para convencerte de que la evidente química que chispea entre nosotros debe tener algunos experimentos para explotarla.

Lauren se inclinó para retomar lo que había dejado de hacer: calzarse. Lo hizo con bastante agilidad y luego se incorporó para volver a hablar.

—Yo... ¿en qué cafetería nos vemos? —preguntó, aclarándose la garganta. De pronto sentía que las mejillas le ardían.

—Me gustaría que fuésemos juntos.

—Quisiera poder darme un baño... sola —se miró a sí misma. Caleb se rio— y cambiarme la ropa.

Con un guiño, él pareció relajarse y le mencionó el nombre de una conocida cafetería local.

—Te veo dentro de poco entonces —dijo Caleb mirándola sobre el hombro, antes de cerrar la puerta del baño tras él.

Lauren tragó en seco y salió de la habitación.

¿En qué se había metido?

La confusión de Caleb le había proporcionado la salida perfecta. Al parecer él había estado esperando una visita.

—Usted es la señorita LeFamn, ¿cierto? —le había preguntado la muchacha de la recepción cuando Lauren anunció que buscaba a Caleb—. Me dijeron que si acaso el señor Bescott no llegaba a tiempo le podía dar la llave para que pudiera estar más cómoda. Usted debe ser la prometida —había expresado entregándole la llave electrónica de la suite de Caleb.

—Yo... sí —había contestado tras dudar brevemente. Así se había ahorrado una letanía de mentiras innecesarias.

—Enhorabuena —le había dicho para finalizar, antes de atender una llamada telefónica que entró en ese instante.

Al fin Lauren conocía que el nombre de la mujer que había estado esperando Caleb era Marie. Marie LeFamn. Debía estar agradecida que la “verdadera” Marie no hubiera aparecido por ningún sitio. Caso contrario hubiera tenido que decirle adiós a todo lo conocido como “oportunidad de trabajo”.

Con un suspiro de alivio salió del hotel y pidió un taxi al encargado.

—¿Más café? —preguntó el camarero a Lauren.

Ella negó. Llevaba treinta minutos conversando con Caleb. No solo era encantador, sino que había descubierto que compartían afición por hacer deportes de alto riesgo cuando se daba la oportunidad y que disfrutaban de una buena lectura. Varios autores compartían sus listas personales de “favoritos”. Así que, entre bocado y bocado, fue sintiéndose cada vez más cómoda con él.

—Imagino que trabajar en el área aduanera no debe ser nada sencillo. —Ella frunció el ceño—. Me refiero a los procesos legales para que puedan salir las diferentes mercaderías. ¿O malinterpreté a mi primo Sypros, y tú no eres abogada de aduanas?

«¿Así que a eso se supone que me dedico?, se dijo Lauren. Había tratado de mantener una conversación superficial para poder tantear el terreno sin pisar en falso. Él poco a poco le iba dando pistas de lo que se suponía que la “verdadera” Marie hacía en la vida o lo que el tal Spyros, que ahora sabía era el primo de Caleb, le había contado.

—Sí, claro —afirmó con fingida seguridad—. Intento desconectar un poco de todo, y procuro también olvidar que manejo sistemas de cómputo del estado a la vez que mis conocimientos legales.

—Normal que lo hagas, el ritmo de trabajo cuando a uno le apasiona lo que hace, no suele medirse hasta que alguien te lo hace ver. Yo estaré cinco días más en la ciudad. A la mañana siguiente de Navidad debo volar a Nueva York.

«Por Dios, no me recuerdes que tengo una carrera contra el tiempo.»

—¿Sí? —preguntó apoyando los codos sobre la mesa cuando el camarero les retiró el desayuno.

—Imagino que sabes que solemos festejar el Año Nuevo con bombos y platillos. ¿Has estado alguna vez en Nueva York?

—No, no he tenido la oportunidad —confesó con sinceridad—. Me comentaste

que trasladaste la junta de fin de año aquí, ¿tus empleados ya han regresado a Estados Unidos?

—Aquellos que así lo prefieren, sí, pero quienes quieran traer a sus familiares a Holanda para estar durante las festividades pueden hacerlo.

—¿Correrá tu compañía con los gastos? —indagó con asombro.

—Por supuesto. El mejor motor para mantener a flote una empresa es contar con empleados que sean leales. Nada forja mejor la lealtad que un empleador que sea justo y que quizá, en ocasiones, vaya un poco más allá de lo que haría cualquier propietario. En este caso considerar un gasto extraordinario.

Lauren se sintió impresionada. Los jefes que había tenido a lo largo de su vida laboral, ya tenía en su currículum trabajando diez, solo entraban en la categoría de “el mínimo salario por el máximo esfuerzo”, o “un alto salario con bonos si te acuestas con el jefe”. Esta categoría final fue el motivo por el que renunció a su último empleo y decidió que era momento de abandonar Nebraska.

—Eres un jefe justo... me agrada saberlo.

—¿Eso es porque la mayoría de tus jefes han sido, o son, unos tiranos?

Lauren soltó una risa. «Eso si tuviera empleo en la vida real.»

—No, claro que no. Antes de aceptar un trabajo, así como nos estudian a los candidatos, yo procuro estudiar a los empleadores. —O al menos eso debería hacer todo el mundo.

Caleb había notado algo diferente en esa mujer. Le gustaban los rompecabezas, eso sí, y Marie parecía ser uno muy interesante. De hecho, se ganaba la vida creando y descifrando algoritmos junto con su equipo de trabajo. Y nada le picaba más su curiosa mente que descifrar a la muchacha que tenía frente a él.

Las mujeres parecían permitirle leerlas con facilidad, y quizá era precisamente aquello lo que le causaba aburrimiento. Marie llevaba pocas horas en su entorno, y aunque durante el desayuno se había mostrado bastante conversadora y amena, la información que tenía sobre ella era escueta. Decía mucho, sin revelar nada.

—Una mujer lista.

Lauren bebió lo que quedaba de su té de jazmín.

—Espero en un futuro cercano reunir el suficiente dinero en la compañía para luego poder independizarme.

—En Navidad difícilmente se pueden establecer lazos comerciales. Concretar negocios, tal vez; iniciarlos, lo dudo —replicó mientras firmaba la cuenta y dejaba una generosa propina. Ayudó a apartar la silla de su acompañante.

Salieron de la cafetería y caminaron con rapidez para tratar de no permanecer demasiado tiempo bajo la nieve. Tomó el brazo que él le ofrecía. Un brazo fuerte y robusto envuelto en un caro abrigo.

Mientras corrían al amparo de los copos blancos que caían como algodones, Lauren pensó en lo fácil que sería mentirle a un cretino, pero no era el caso de Caleb. La caballerosidad y el buen ánimo del nieto de Sylvinna parecían crearle cierto cargo de conciencia. «Regresar a Estados Unidos no te va a ayudar a mejorar la conciencia tampoco», le dijo una vocecita.

Caminaron con rapidez hasta el garaje de la cafetería estilo griego, él encontró con rapidez el automóvil.

Con el grueso abrigo negro, los ojos azules de Caleb parecían dos brillantes

gemas capaces de atraer como un imán a alguien que quisiera sumergirse en ellos. A Lauren solo le bastó ver la mirada fiera cuando él le había contado en la cafetería sobre un inversionista que trató de estafarlo, y el modo en que tomó la revancha por la osadía de ese empresario deshonesto, para darse cuenta de que por muy encantador que fuera Caleb Bescott bien podía convertirse en un enemigo mordaz.

—¿Esto de venir a Ámsterdam desde Nueva York se repite cada diciembre? —preguntó con tono casual cuando la calefacción del automóvil empezó a esparcirse.

Caleb sonrió.

—Es una larga historia —dijo quitándose los guantes de cuero italiano—. Pero no tengo problema en contártela.

—Tengo tiempo para escucharla...—expresó mirándolo.

Caleb estiró la mano y tomó los dedos de Lauren con los suyos.

—Marie, ambos somos adultos y podemos ser sinceros. Te deseo y espero no pecar de arrogante, pero me parece que es correspondido. —Ella se sonrojó y le dedicó media sonrisa. Suficiente para que él sonriera abiertamente consciente de que no estaba equivocado—. Pasemos los próximos días juntos. Me muestras tus sitios favoritos de Ámsterdam, y a cambio, yo te muestro los míos. Sin ataduras.

Ella se rio. Una risa nerviosa.

—¿Un asunto meramente turístico entonces? —le preguntó con picardía.

—¿La parte sin ataduras?

Lauren soltó una carcajada franca.

—No, en eso estoy de acuerdo, Caleb. Eso nos beneficia a ambos. Vivimos en dos lados opuestos del mundo.

Él inclinó la cabeza mirándola intensamente.

—¿Eso es un sí, Marie LeFamn?

«Como quisiera que dejaras de llamarme de ese modo», pensó Lauren, pero sabía que el tablero de ajedrez estaba en esas condiciones. Ella había plantado la estrategia, y Caleb solo estaba tomando lo que creía que era cierto.

—Un sí, Caleb. Aunque supongo que el tour incluye algo más que solo los sitios preferidos de ambos en la ciudad.

—No lo dudes —replicó haciéndole un guiño.

—Y me debes una historia —susurró perdida en los ojos de ese hombre.

Él la miró como haría un león al relamerse ante una presa avistada, y consciente de que pronto empezará a disfrutar de su premio. En su caso era una mujer guapa, sexy y que evitaría lidiar con la loca idea que tenía su abuela de emparejarlo con la nieta de la mejor amiga.

—Quizá pueda hacer algo más que solo contarte una historia —expresó con tono sensual antes de apartarse y encender el motor. Él era muy consciente de que si la besaba en ese instante iban a dar un espectáculo a los clientes de la cafetería. A sus treinta y cuatro años ya sabía controlar bastante bien su libido cuando el deseo inminente lo intentaba impulsar a hacer idioteces como cuando era solo un adolescente.

—Eso me gustaría —susurró.

—Entonces a tu abuela le gusta hacer de casamentera —comentó Lauren mientras se acomodaba en el sofá turquesa de su piso. En el trayecto él había empezado a hablarle de su buena relación con Sylvinna e hizo reír a Lauren con las anécdotas de las citas que, a toda costa, su abuela procuraba ponerle en frente cuando él cumplió los veintiocho años y seguía estando soltero.

El paso más natural para ella resultó invitarlo a su piso. Podría haber elegido volver al hotel, no era que no supiera cuál sería el próximo y obvio paso entre ellos, pero quería brindarle, aunque fuera un poquito, de la verdadera persona con la que estaba en esos momentos. Podría resultar ridículo, sin embargo, era el modo que tenía de no sentirse una farsa completa con él.

Lauren recogió las piernas sobre la superficie del sofá y apoyó el brazo en el respaldo. Si Caleb pensó que vivía en un piso demasiado modesto para ser una abogada aduanera, no lo mencionó. De hecho, parecía demasiado cómodo, como si estuviese en su propio elemento. Aquello desconcertó y encantó a Lauren por igual.

—Sí, pero sabe que siempre huiré de sus artimañas —expresó con humor—. Es una bribona, y posee una mano de hierro para manejar sus negocios, y es la misma mano que pretende aplicarnos a sus nietos solteros. Quizá por eso no me atrevo a decirle que la mujer que quiere presentarme, desde hace ya tres navidades en la fiesta anual familiar que celebra aquí en Ámsterdam, no es lo que ella cree.

—Oh, ¿y qué sería eso? —indagó con interés.

Caleb la miró con intensidad.

—Una mujer íntegra. —Lauren tragó en seco e intento enviar a lo más profundo de su mente la idea de que ella era todos menos íntegra dadas las circunstancias—. Si hay algo que desprecio es la falsedad. Me gusta jugar con las cartas sobre la mesa. Al final, la verdad siempre sale a la luz. ¿No lo crees así? —preguntó con su encantador tono grave de voz.

—Claro —respondió tratando de mostrar su más genuina sonrisa. Si en un principio creyó que Caleb podría un enemigo formidable, ahora le parecía una certeza innegable—. No hay duda.

CAPÍTULO 4

Lauren no supo quién hizo el primer acercamiento. Ni tampoco le importaba. Todo lo que deseaba era que esa boca sensual continuara devorando la suya con la intensidad con la que estaba haciéndolo. Había esperado unos labios juguetones, pero lo que saboreó fue una demandante pasión. Como si ese beso fuera lo más importante del mundo para Caleb y nada más fuese capaz de desplazar su interés.

—No puedo prometerte más que unas noches de inolvidable de placer mientras estemos juntos, y quiero que eso quede claro. No me gusta jugar con las personas —reiteró Caleb contra sus labios. Con la mirada fija en la de ella, y a la espera de una respuesta para continuar o apartarse, él trató de controlar su agitada respiración.

Lauren estaba convencida de que sería muy difícil olvidar a un hombre como Caleb... Indistintamente de lo que hubiera propiciado que se conocieran no quería dejar pasar la vida para luego preguntarse “¿cómo hubiera sido estar con él?”. Sabía que todo tenía un precio tarde o temprano, y estaba dispuesta a pagarlo.

—¿Y si después de esta noche...?

—No quiero hablar de un futuro hipotético —se apresuró él a decir—. Me cuesta mucho contenerme en este instante, así que quítame esta tortura para que pueda perderme en ti o tomar mi chaqueta y abandonar tu piso antes de volverme loco.

—Ven aquí entonces —susurró antes de atraer el rostro de Caleb para besarlo.

Sintió los movimientos frenéticos, y al mismo tiempo metódicos, de Caleb cuando le tomó los pechos, tocándolos. Dibujó con los pulgares círculos sobre sus pezones, endureciéndolos. Rozó cada punta. Las pellizcó y apretó entre sus hábiles dedos y boca a boca compartían una lujuria sin igual.

Lauren había tenido amantes en el pasado. No demasiados, aunque sí los suficientes como para que su cuerpo supiera que el hombre que estaba desvestiéndola y marcando cada trozo de su piel con las manos sabía cómo conseguir que una mujer, por más orgullosa que fuera, rogara para ser liberada.

Caleb añoraba penetrar el cuerpo cálido y sensual de esa mujer tan dispuesta. Pero no quería tener un revolcón en un sofá. No. Deseaba verla completamente expuesta, desnuda y retorciéndose de placer, y así él poder contemplar lo que iba a disfrutar esa noche... toda la madrugada. Los próximos días...

—¿Tu habitación? —preguntó mientras los dedos de Lauren le arrancaban la camisa. Algunos botones salieron volando. Él sonrió—. Estás tan ansiosa como yo.

—O enloqueciendo —replicó ella, riéndose. Lo tomó de la mano urgiéndolo a apartarse por un instante para así poder guiarlo hacia su habitación.

La luz de la Luna hacía su trabajo con la iluminación. La cama estaba junto a la ventana. El colchón de sábanas de seda gris estaba bañado con un manto de concupiscente invitación.

—Aunque te he visto con claridad, no puedo dejar de repetirte lo bella que eres. Ella sonrió.

—Devuelvo el cumplido, pero que no se te suba a la cabeza —repuso antes de acariciarle los firmes abdominales.

Entre besos y caricias frenéticas se acomodaron sobre la cama. Arrodillados, el uno frente al otro, y completamente desnudos. Ella tomó el miembro erecto y lo sostuvo con su mano. La tibieza y dureza, en conjunción con la aguda mirada masculina cargada de deseo, aumentó la febril necesidad de sentirlo en lo más profundo de su ser.

Ella sentía los pechos pesados, doloridos, y deseaba que él la tomara y besara. Sin preámbulos. Quería que estuviera tan perdido como ella, y por eso continuaba acariciándolo con la mano, sintiendo el calor y grosor de ese sexo viril.

—Te deseo ahora... —expresó Lauren con desparpajo.

Caleb le tomó el rostro entre las manos. Acalló su petición devorándole la boca.

—Vamos a hacer algo distinto —susurró.

—¿Qué...?

No pudo terminar de articular palabra alguna porque las manos de Caleb se apartaron de su rostro y empezaron a obrar magia en su cuerpo. Sentía las caricias en sus pechos, y la otra mano fuerte, masturbaba su húmeda entrada. Ella devoró la tentadora boca de Caleb y aceleró los movimientos de sus dedos sobre el sexo erecto que estaba a su merced.

—Dios... voy a correrme si continuas así... —dijo Caleb. No quería terminar tan pronto.

Apartó los labios de la boca femenina, y bajó sus labios hasta atrapar uno de los deliciosos pezones que gritaban por ser atendidos. Ese movimiento logró que ella soltara su miembro y echara la cabeza hacia atrás rindiéndose a las expertas caricias.

Lauren hundió los dedos entre el cabello rubio y sostuvo la cabeza de Caleb para que no se apartara de sus pechos blancos de rosados pezones. Le gustaba el modo en que los chupaba y mordía ligeramente entre los dientes. Le provocaba un excitante cosquilleo entre las piernas. Empezó a gemir a medida que él la chupaba, y la penetraba con los dedos, frotando, lubricando y abriéndose espacio en el íntimo pasaje. Segundos más tarde, con el sexo ardiente y palpitándole con el más delicioso orgasmo, ella gritó el nombre de Caleb.

Él aprovecho para acostarla y posicionarse sobre su cuerpo esbelto.

—Nunca antes había contenido mi deseo tanto para complacer a una mujer. Y lo digo en serio —confesó Caleb con voz rasposa y la piel perlada de sudor. La contempló tal como la había deseado en su imaginación: húmeda, expuesta y abierta.

Su pene vibraba con su portentosa longitud ante la urgente necesidad de liberarse y conquistar un espacio tan exquisito como el que tenía ante él. El sexo femenino estaba rosado, lubricado e hinchado. Invitaba a poseerlo. Con los dedos, con los labios... con su miembro. Caleb pensaba tomarse todo el tiempo que fuera necesario para no dejar ni un solo recodo sin probar.

—Quiero tenerte dentro de mí —exigió—. Quiero tener un orgasmo contigo dentro, Caleb, y...

Él la acalló con un beso fiero.

—Sí, conmigo dentro de ti —dijo con suficiencia antes de tomar su propio miembro en la palma de la mano para tentarla con la punta roma, frotándola contra los tiernos labios íntimos. Quería torturarla un poquito más y que ella lo observara al

mismo tiempo acariciándose con ella expuesta—. Tócate.

—Yo...

—Acaricia tus pechos con tus manos mientras yo me deslizo en tu interior.

Ella no dudó demasiado. Jamás le habían pedido que se acariciara a sí misma durante el sexo, pero tampoco iba a negarse el placer de experimentar.

Su cuerpo jamás había tenido una necesidad tan fuerte de ser saciado. Una y otra vez. Porque sabía que ese era solo el principio de una larga, agotadora, pero deliciosa noche de sexo y erotismo.

—Aunque siempre estoy prevenido, ¿estás tomándote la píldora? —susurró antes de apoyarse sobre los codos, a cada lado del cuerpo de Lauren, y acomodarse listo para embestir con una potente penetración el cuerpo que yacía bajo su hechizo—. Estás deliciosamente ardiente, Marie.

El único pensamiento que pareció romper la magia para Lauren era que él estaba llamándola con otro nombre... creyendo que era otra su identidad. Aunque ese detalle careció de importancia en una milésima de segundo cuando lo que primaba era el hecho de necesitar la liberación más básica en un ser humano. Se rindió a la mentira. Porque en esos momentos le estaba dando uno de los placeres más exquisitos que hubiera experimentado en brazos de un hombre.

—Sí. Estoy tomándola. Ahora, tómame, Caleb.

—No dejes de tocarme —pidió él antes de deslizarse por completo en ella.

—Más... Caleb... más... —gimió sin dejar de acariciarse los pechos. Elevando las piernas y rodeando las caderas de su amante. Presionó con sus talones las nalgas prietas para acercarlo más hacia ella, para que estuviera cada vez más y más dentro de su cuerpo, quería su potencia y su virilidad llenándola—. Sí... así... ¡oh!

Olas de calor traspasaron el cuerpo de Caleb en cada ocasión que el vaivén de sus caderas entraba y salía del henchido canal lubricado. No quería analizar sus emociones ni lo que estaba experimentando más allá del interés de llegar al orgasmo. Anhelaba pronto derramarse en ella y experimentar la furiosa tormenta que sacudía cada célula de su cuerpo cuando alcanzaba el clímax.

—Eres magnífica —jadeó afianzando sus poderosas embestidas.

—Estoy a punto... oh... —gimoteó cuando él le tomó las muñecas y elevó sus manos hasta dejarlas a cada lado de su rostro sobre la almohada.

—Vas a llegar conmigo esta vez —dijo con tono autoritario.

Sin dejar de moverse en el interior de Lauren, Caleb contempló los pechos redondos de pezones erguidos y enrojecidos por las frenéticas caricias que ella misma se había prodigado. La marca húmeda de su propia lengua, que se había deleitado con las exquisitas cumbres de nívea piel, permanecía ligeramente evidente. Se inclinó y tomó esa boca para degustarla como si fuera la primera y última vez, antes de embestir por última vez con un gutural gemido.

Entonces el mundo explotó para ambos.

Una sensación de eléctrica conexión se extendió por toda la habitación mientras solo existía el placer. Las respiraciones agitadas, la piel sudorosa y el palpito inequívoco del orgasmo eran los sensuales ingredientes que permanecieron latentes hasta que Caleb se apartó ligeramente para luego atraer a Lauren a su lado. Ese fue solo el principio de una noche de sexo apasionado. La cama solo se convirtió en un sitio de descanso momentáneo, pues la ducha, la alfombra y la pared fueron espacios

que se convirtieron en testigos de caricias lujuriosas y posiciones sexuales tan variadas como diversas las emociones que atraparon a los dos amantes.

La mañana siguiente.

Aquel incómodo momento, luego de una noche de estimulante sensualidad, llegó a la habitación.

Cuando abrió los ojos, la única huella de que había compartido la noche con Caleb era un ligero escozor en ciertas partes de su cuerpo, y el aroma de su amante en la almohada que estaba, inconscientemente, abrazando. No había rastro del impetuoso hombre que había trastocado lo que ella conocía como “placer”.

—Supongo que eso será todo —se dijo a sí misma con un suspiro y acariciando con los dedos la tela de seda que cubría la almohada.

¿Cuándo había ido en contra de sus principios de supervivencia?, se reprochó apartando las sábanas. Lo más probable era que Caleb no volviera a llamarla, aunque hubiesen acordado que estarían juntos los días restantes a la estancia de él en la ciudad.

De mala gana entró a su cuarto de baño y cerró dando un sonoro portazo. Pensó en borrar toda huella de la noche anterior. Resultó complicado, en especial porque la ducha fue el último sitio en que ella y Caleb se dieron placer antes de volver a la cama y quedarse dormidos.

—¿Me vas a ayudar con todo esto? —le preguntó Emke cuando sacó la última caja de cartón del ático—. Las luces del árbol de Navidad no van a colocarse automáticamente, ¿sabes?

Un trozo de madera ardió con brío en la antigua chimenea.

Lauren había prometido ayudar a decorar la casa de su amiga por las festividades, aunque debido a la agenda de Emke lo habían postergado varias veces.

—Se hace lo que se puede —replicó Lauren con tono ácido empujando el cartón hacia un lado. Sacó las tijeras y rompió la envoltura—. ¿También querrá la señorita que los coloque yo sola?

La rubia la miró con el ceño fruncido.

—Llevas toda la tarde irritable. Así que vas a empezar a hablar de una buena vez y decirme qué es lo que te sucede.

—Lo siento... —susurró Lauren antes de sentarse en un butacón rojo. Se inclinó apoyando los codos sobre las rodillas—. No soy la mejor compañía. —Miró las luces que ya habían colocado horas atrás—. Pero nos ha quedado bonito hasta ahora, ¿a que sí?

Emke se acercó y tomó la mano de su amiga.

—Cuéntame —pidió.

—Será mejor que traigas un poco de ese whisky tan bueno que sueles guardar para emergencias.

—Uy... ¿tanto así?

—Y que sea doble.

Confuso.

Una palabra que describía bastante bien cómo se sentía Caleb esa tarde. Las emociones que experimentó en la casa de la mujer que él conocía como “Marie”, lo asustaron. Y él no era un hombre que se amilanara con facilidad. De hecho, no conocía el significado claro de ese estado anímico.

La sensación de placentera calma que lo invadió al despertar y ver a su amante de la noche anterior, acurrucada a su lado, desató una inexplicable necesidad de abrirse a ella. La misma inexplicable necesidad que lo apuró a vestirse y abandonar la cama para salir como un ladrón furtivo antes del alba.

Podía pasar el resto de su estancia con sus amigos de la ciudad, a pesar de haber quedado en estar con Marie hasta que tuviera que volver a Nueva York. Conocer más mujeres no sería un problema en absoluto. Y a pesar de ello, no lograba concebir los siguientes días en Ámsterdam compartiendo con otra persona que no fuera la cálida mujer de ojos castaños.

Desde la suite de su hotel, Caleb pensó en todas las oportunidades de divertirse que había dejado de lado por el trabajo a lo largo de los últimos años. Las reticencias sobre las mujeres que se acercaban a él porque eran cazafortunas no solían ser infundadas, y por eso no las tomaba en serio. Quizá era tiempo de arriesgarse y dejar de lado el cinismo.

Con las manos dentro de los bolsillos de su pantalón negro, Caleb intentó relajarse ante la vista. Una ciudad blanca y copos de nieve que no cesaban de caer. Tal vez era el momento de delegar un poco más de trabajo a sus ejecutivos. Disfrutar un poco la vida y pensar de verdad en una mujer que pudiera ser una compañera. La intromisión de su abuela no le gustaba en absoluto, aunque era consciente de que lo hacía sin mala intención.

Había sido bastante de mal gusto dejar la cama de Marie sin haberle dejado ni siquiera una nota. Cada hombre tenía sus propias normas cuando se trataba de una amante, y en su caso particular la falta de modales era un lastre. Tenía que disculparse. Quizá Marie no fuera más que una aventura que probablemente recordaría en un futuro, pero no era solo un cuerpo para divertirse. Lo cierto es que le gustaba su conversación. Le gustaba. Punto. Como cualquier otra mujer... o un poco más. Así que por ese “un poco más”, iba a tener que esforzarse y volver sobre sus pasos para pedirle disculpas. Seguramente iba a ignorarlo, y aún así, pensaba arriesgarse porque sus estándares personales se lo exigían.

Caleb solía ver su propia vida como un algoritmo de probabilidades, incluso a las mujeres. Estas siempre tendían a decepcionarlo.

Se apartó de la ventana. Fue por su chaqueta.

Iba a desechar por unos cuantos días su cinismo calculador.

CAPÍTULO 5

Con los audífonos puestos y escuchando *I can't stop the feeling* de Justin Timberlake, Lauren salió de la sala de un amigo que trabajaba en cerámica y piedras preciosas. La exposición había sido de carácter privado y algo aburrida, pero ella no solía decepcionar a las personas que apreciaba, como era el caso de William.

Le había tocado acudir sola porque Emke huía de todo lo que tenía etiqueta de “estéticamente incomprensible”. Esta vez no fue excepción. Así que ahí estaba Lauren, en medio de una ciudad invadida por el frío y a punto de subirse al *tram* que iba a dejarla a pocas manzanas de su edificio.

Emke había intentado reivindicarse por no acompañarla organizando una salida a un sitio de moda de la ciudad, el Seymour Lounge, ubicado en el 200 de la calle Nieuwezijds Voorburgwal. Lauren tenía ganas de divertirse un poco y tal vez encontrar un chico interesante que le hiciera olvidar la desazón por su fracaso con Caleb. Estaba postergando la llamada a Sylvinna para comentarle que había fallado en el acuerdo... Esa tarde, al salir de la casa de Emke, había visto un cartel en una discreta juguetería en la que se solicitaba dependienta. Ya estaba cerrada, pero a primera hora de la mañana tenía pensado acudir antes que otra persona se adelantara. No iba a rendirse fácilmente. Tenía algunos días por delante para conseguir un empleador.

—Qué hermosa es esta época en todo el mundo —susurró una mujer a su lado, mientras se acomodaba en el *tram*—. Lástima que al acabar, la guerra y la desigualdad vuelven a hacer presa de la sociedad.

—Sí —Lauren contempló la ciudad que ya estaba iluminada— es así...

—Imagino que la gente vive de momentos.

Lauren miró a la mujer que parecía de su misma edad, pero las arrugas que acompañaban esos ojos verdes daban cuenta de que había vivido al menos una década más que ella.

—¿Y eso es malo?

—Ni bueno, ni malo. El problema es cuando no se aprovechan esos momentos porque se pretende dejar todo para un “futuro”. Y si ese futuro no llega, ¿qué nos queda?

El *tram* se detuvo, y la desconocida se levantó sosteniéndose firmemente del tubo que daba estabilidad al asiento doble que había compartido con Lauren.

—Esta es mi parada. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad para ti también...

Lauren observó mientras la mujer se perdía en el mar de gente que pugnaba por tomar el sitio que dejaba vacío. Nadie disfrutaba del frío, menos de pie, peor un tramo largo camino a casa.

Las puertas se cerraron.

«¿Qué queda?» La pregunta quedó rondando en la cabeza de Lauren hasta que el anuncio de su parada sonó en el altavoz del *tram*. Bajó con cuidado y caminó hasta la

puerta de su edificio.

Solo tenía que ir a cambiarse de botas y ponerse un vestido más acorde con la salida de esa noche. El bar no era un sitio al que se entrara con ropa informal. Y aunque tenía pocas ganas de salir, no iba a permitirse arruinar su propia temporada pre-navideña. Se acomodó los audífonos de su iPhone y volvió a darle al play a su lista de canciones preferidas.

Moviendo la cabeza y tarareando al ritmo de Alicia Keys, dejó de lado el resto del mundo. Todo dejaba de existir, y eso incluía los problemas, cuando encendía su música preferida.

Suspiró con alivio cuando la calefacción le dio la bienvenida en el lobby. Al parecer el tacaño del dueño había optado por pensar en sus inquilinos durante pleno invierno europeo. ¿Acaso no era fantástico?, pensó Lauren con ironía.

—Debí al menos despedirme esta mañana —dijo Caleb apartando los auriculares de las orejas de Lauren. Ella elevó la mirada, sorprendida e incapaz de articular palabra—. No es mi estilo.

Ella lo quedó mirando. Lo último que hubiera esperado era volver a verlo... y menos en el lobby de su edificio.

—¿Qué no es tu estilo? —preguntó pasando de largo y presionando el botón del elevador cuando su cerebro volvió a coordinarse con su cuerpo.

Él no estaba acostumbrado a que las mujeres lo ignoraran... de ninguna manera. Pero como sabía que se lo tenía merecido se aguantó el desaire. No pudo evitar reparar en que Marie estaba muy guapa. Llevaba el cabello recogido en una media coleta, y los cabellos castaños que permanecían libres caían en ondas suaves hasta debajo de los hombros. Estaba maquillada y sus labios todavía conservaban el tono coral. Él conocía las curvas que escondía el abrigo blanco. Solo el recuerdo lo hizo apretar los dientes. Era la mujer más deseable que había tenido el placer de tener en su cama.

—Siento haberme ido como lo hice, Marie. No soy un hombre que pida disculpas a menos que sean necesarias. Y en este caso, lo son.

Ante la mención de la misteriosa “Marie” que él creía que era, Lauren bufó. No sabía qué le molestaba más, el hecho de que la tomara por otra mujer o el hecho de no poder sincerarse con él.

Lauren no detuvo a Caleb cuando la siguió hasta el elevador. Una vez que las puertas de metal se abrieron, ella no miró atrás. Introdujo la llave y dejó la puerta abierta. «Que no me lance la puerta en las narices es algo», pensó Caleb; se quitó la bufanda y cruzó los brazos sobre su pecho esperando a que ella se acomodara. Cuando finalmente se dignó a mirarlo, él esbozó una leve sonrisa.

—Hola, Marie...

—Fue un revolcón muy bueno, así que gracias —dijo finalmente mirándolo—. Una sola noche imagino que fue suficiente. Mensaje recibido. Ahora tengo que pedirte que te marches porque he quedado con mis amigos en un sitio.

—¿Es eso cierto? —preguntó acercándose.

Lauren dejó caer las manos a los lados.

—Tengo una salida con amigos, sí. Creo que ambos conseguimos lo que deseábamos. —«Menos yo que me veré obligada a volver a mi país», pensó Lauren con pesar—. Eso es todo, Caleb.

—Sabes que no me refiero a tu salida —expresó—. Me quedan tres días en la ciudad. Permíteme reivindicarme por haber sido un patán y largarme sin más, Marie. ¿Aceptas cenar conmigo?

—Tengo planes...

Ella no sabía si sentir alivio, nervios o euforia al verlo de nuevo. La presencia de Caleb ponía dos perspectivas ante ella. La posibilidad de que aún pudiera conseguir que la llevara a la fiesta de Sylvinna. Y la segunda, estar con él de nuevo. Una noche no había sido suficiente. Claro que no.

—Tu tiempo es tan valioso como el mío. Te deseo, y sé que tú a mí. Comprendo que estés enfadada, pero ya he dicho que lo lamento. —Caleb giró y avanzó hacia la puerta.

«Tienes un poco de esperanza todavía. Aún puedes lograr que te lleve a la fiesta de Sylvinna.»

—Puedes unirte a ellos —se apresuró a decir Lauren.

Lentamente, él se volteó para mirarla de nuevo.

—¿Has aceptado mis disculpas entonces?

—Las he aceptado, aunque quizá puedas demostrarme con actos lo que tus palabras expresan —le dijo ella, experimentando un exquisito cosquilleo ante la idea de saborear la boca pecaminosa de Caleb de nuevo.

—Lo intentaré —replicó con picardía.

—Yo... —se apartó— iré a cambiarme. —Lauren se aclaró la garganta. Sabía que si empezaban a besarse no llegaría al encuentro con Emke—. Quiero pasar un rato ameno en el bar, ¿me esperas?

Caleb tomó la barbilla suave para que ella no pudiera apartarse, ni eludir su ardiente mirada.

—¿Tienes miedo de mí —sorteó la distancia tomándola de la cintura y apretándola contra su cuerpo— o de ti?

—Caleb...

—Vamos a comprobarlo —susurró antes de inclinarse y atrapar sus labios en un beso sensual que los envolvió en una burbuja de deliciosa pasión.

Ella apoyó las manos sobre los hombros de Caleb.

—Si continuamos de este modo no voy a poder cambiarme de ropa —se miró a sí misma— es un sitio elegante.

—Entonces será mejor que te ayude a desvestir con rapidez. ¿Para qué perder el tiempo, no lo crees?

—En eso estamos de acuerdo —murmuró contra la boca de Caleb.

Llegaron al Seymour Lounge tres horas después...

Entraron al exclusivo ambiente y preguntaron por la mesa que Emke tenía reservada. La rubia se sorprendió de que Lauren llegara acompañada, y de un bombón como Caleb nada menos. No hizo preguntas extrañas, algo que Lauren agradeció, y se mostró tan encantadora como siempre.

—¿Dónde te conseguiste este bombón? —preguntó Emke mientras estaban retocándose en el aseo de mujeres.

Aplicándose un poco de brillo, Lauren sonrió.

—Ya te conté la historia mientras poníamos los ornamentos de Navidad en tu casa. La confusión en esa casa de escorts, la abuela...

Con su estilo poco cauto, Emke dejó caer el labial. Luego lo recogió.

—¿Ese es el nieto de Sylvinna? Entonces... ¿se reconciliaron?

—Algo por el estilo —le comentó guardando sus pocos cosméticos en la bolsa.

—¡Está guapísimo! Hasta yo me prestaba para el experimento de esa abuela y si fracasaba, lo intentaba con algún otro nieto —exclamó Emke con una carcajada—. Menos mal me lo dices ahora. Así no cometo una indiscreción, ya que sé que se trata de “ese Caleb”, y no una mera coincidencia de nombres. —Lauren enarcó una ceja, y Emke rio—. No creo que la misión te sea tan complicada. Y por tu cara puedo decir que ha sido más bien divertida hasta ahora. ¿Cierto?

Lauren soltó una carcajada. Sin decir nada más tomó a su amiga del brazo para llevarla de regreso al pleno del bar.

El ambiente era inmejorable. No en vano era uno de los sitios de moda de la ciudad. Era increíble ver el modo en que podían fusionarse las culturas de diferentes países en un mismo ambiente y moverse al ritmo de la misma música.

—Si le cuentas demasiadas cosas a Emke es probable que empiece a psicoanalizarte y no creo que te guste, Caleb —dijo Lauren con una sonrisa mientras se sentaban. Acababan de bailar algunas canciones en la pista y querían disfrutar de los famosos cocteles que servían.

Ahora que Emke ya conocía la situación entre Lauren y Caleb la imprudencia estaba fuera del mapa. Los amigos que estaban alrededor apenas interactuaban pues estaban más pendientes de tener llenas las copas y entretenerse. Cuando Emke la presentó a Lauren con el nombre “Marie”, uno de los dos amigos que estaba en el grupo se dispuso a objetar, pero Emke cambió el tema con sutileza. En medio de la música y las risas del ambiente todo dejó de importar salvo pasarla bien. Sheine y Duncan eran muy simpáticos. El primero conocía a Emke por temas de profesión, y el segundo trabajaba en un albergue para inmigrantes sirios a la par que dirigía una muestra especial de Van Gogh en el museo que llevaba el nombre de pintor.

Aquel había sido el único momento incómodo y que hizo sudar frío a Lauren.

Emke había preparado el encuentro en su intento de conseguirle una distracción a Lauren, sin saber que esta llevaría a un acompañante. De todas formas, Lauren no había tenido tiempo de avisarle.

—Así que te dedicas a los negocios tecnológicos —expresó Emke mientras un camarero les traía una segunda ronda de bebidas.

La música electrónica retumbaba en los parlantes.

—Sí, ya hace algún tiempo —replicó Caleb bebiendo un poco de su whisky—. Mi abuela tiene una compañía aquí en la ciudad. Supongo que el gen de los negocios es de familia. Aunque es muy opuesta a mi línea de trabajo.

—¿Qué clase de empresa tiene tu abuela?

—Perfumes con esencias personalizadas que hace de extractos de flores y con perfumeros parisinos. Es interesante, aunque yo no...

En ese instante alguien tropezó con la espalda de Caleb. Con ágiles reflejos, él logró sostener a la mujer antes de que cayera de bruces, y ella terminó sentada sobre las piernas masculinas.

—Hey... ¿Estás bien? —preguntó.

Shaine y Duncan se acercaron a la chica para ayudarla, pero Caleb les hizo una señal de que todo iba bien. Ni Emke ni Lauren discutieron, pues era más que evidente que Caleb tenía controlada la situación, así que retomaron la conversación que habían estado sosteniendo con Sheine y Duncan.

Lauren, aunque escuchando a medias una anécdota de Duncan, no dejó de mirar con el rabillo del ojo lo que estaba sucediendo a pocos metros de ella.

La mujer se incorporó como mejor pudo, pero eso no evitó que el vestido corto púrpura se le subiera lo suficiente para dar cuenta de unas piernas esbeltas. El cabello negro caía en onduladas cascadas hasta media espalda dándole un aspecto exótico en conjunto con los rasgados ojos pardos.

—Lo siento, se me ha enredado el tacón de la bota con... —empezó a decir elevando el rostro hacia el empresario, pero se detuvo de pronto—: ¿Caleb? ¿Caleb Bescott? ¡Vaya! —dijo. En esta ocasión lo abrazó con euforia. Esa euforia captó la atención de Lauren, pero ni Caleb ni la muchacha fueron conscientes. Parecían atrapados en un reconocimiento mutuo.

—Harper, vaya, pensé que habías ido a vivir a Croacia con tu padre —dijo Caleb—. Hace tanto tiempo...

Ella, al darse cuenta de que seguía abrazada a Caleb, se apartó murmurando una disculpa. Y él se olvidó de todo lo que no fuera Harper. No era cualquier mujer, si no la primera persona a quien había amado en su adultez.

Harper Marković fue su prometida y durante el tiempo que duró su romance en Estados Unidos la relación había ido creciendo poco a poco. Seis meses antes de la boda, Harper rompió la relación argumentando que su padre tenía un gran proyecto en Dubrovnik, la capital de Croacia, y contaba con ella para el emprendimiento... La despedida fue agrídulce, y desde la ruptura llevaban casi seis años sin saber del otro. Quizá por amigos en común podían enterarse de lo que hacían en distintos puntos del globo, pero jamás un contacto directo. Y quizá había sido mejor así.

Parecía como si la relación de ambos hubiese pasado en otra vida.

—Yo... —suspiró— Caleb, me casé en Croacia. —Él esperó sentir celos, rabia incluso, pero ninguna de esas emociones apareció—. Estoy aquí de vacaciones. Mi esposo es socio de la empresa de mi familia, así que ha venido a cerrar unos tratos con varios empresarios holandeses que quieren invertir en un proyecto hotelero... la próxima expansión de papá.

Caleb asintió.

—Vaya, pues, enhorabuena. —Cuando se separaron ella le había prometido que una vez que la cadena de empresas turísticas de lujo en Croacia de sus padres diera frutos, entonces entrenaría a alguien que ocupara su puesto como administradora de la compañía y así ella volvería a Estados Unidos para casarse con él—. Me alegra saberte feliz.

Harper lo miró con pesar. Todos esos años sin comunicarse habían sido bastante elocuentes. Lo que existió se había acabado para ambos. Ninguna promesa iba a ser cumplida. Eso lo entendió Caleb seis meses después de que ella se hubiera marchado. Sin una llamada respondida. Sin correos contestados. Nada.

—Sé que dije que...

Caleb hizo una negación con la cabeza, y le sonrió.

—No pasa nada, Harper. Cada uno siguió su camino. Quizá no fue la mejor forma

de dar todo por zanjado de una vez, pero no siempre se puede planear al detalle lo que va a ocurrir en la vida.

Ella lo miró con un sentimiento de culpa.

—Me hubiera gustado llamarte, y... —apretó los labios y dejó escapar un sonoro suspiro—. Mis amigos están en otra mesa —cambió de tema— pero me gustaría ponerme al día contigo. ¿Qué te parece?

Caleb recobró el sentido del sitio en el que se encontraba. Inconscientemente había tomado la mano de Harper como solía hacer para confortarla... o confortarse a sí mismo. La soltó con una sonrisa de disculpa, y ella hizo una negación como si comprendiera que había detalles que se manifestaban de forma inesperada.

Caleb buscó a Marie con la mirada, pero ella no estaba por ningún sitio.

—Será mejor que no, Harper —repuso—. Será mejor que aproveches el tiempo en esta ciudad y la conozcas más profundamente —sonrió con amabilidad—. Voy a la pista, mi pareja de esta noche debe estar divirtiéndose sin mí. —«Al menos espero que no se haya ido.»

—Fue maravilloso verte... saluda a Sylvinna —susurró inclinándose para darle un beso en la mejilla.

Él empezó a hacerse un espacio entre la gente para tratar de encontrar a su acompañante de esa noche... a su amante de los próximos días. O al menos si ella no creía que él era la clase de hombre que iba a coquetear con cualquier mujer que se le pusiera en frente.

CAPÍTULO 6

Bailó la siguiente canción como si fuera la mejor melodía que hubiera escuchado en mucho tiempo. Sonrió e intentó olvidar el hecho de que Caleb estaba con otra mujer conversando... o flirteando aprovechando la situación accidental. Si es que acaso lo hubiera sido. Con tantas artimañas de por medio ya era difícil decidirse. Se preguntaba si acaso él ya habría arreglado una cita, y esperaba a olvidarse de su existencia. ¿Ya la habría concertado...? ¿Se acercaría para decirle que por esa noche no iban a verse porque tenía otros planes?

No debería importarle. Y antes de elucubrar tonterías en su cabeza decidió mejor poner a menear su trasero al ritmo de la música. Tanto Sheine como Duncan, junto a Emke, no dejaron de bailar y bailar hasta que Lauren sintió que los pies iban a explotarle. Su canción preferida empezó a sonar, y aunque nada deseaba más que sentarse y quitarse las botas de color café oscuro, decidió que el ritmo de Beyoncé era demasiado contagioso para dejarlo pasar.

Con las notas de *Single Ladies* retumbando en los parlantes y con una carcajada de júbilo ante una payasada que hizo Duncan, Lauren empezó a girar y moverse imitando la coreografía original de la cantante norteamericana. Se detuvo abruptamente cuando dos manos la sostuvieron de la cintura y la giraron.

Con la respiración agitada por el baile, Lauren se encontró pegada al cuerpo de Caleb. Sus pechos presionados a los pectorales masculinos, mientras un calor diferente al creado por el baile empezaba a recorrerle el cuerpo.

—¿Divirtiéndote sin mí, Marie? —le preguntó él subiendo las manos sin ninguna discreción hasta posarlas en la espalda baja, rozándole las nalgas firmes.

Ella, como siempre hacía cada vez que la llamaba de ese modo, frunció el ceño. Se apartó un poco. Era curioso cómo, cuando los dos estaban juntos, el mundo parecía desvanecerse. O quizá era que sus neuronas empezaban a pasarle factura.

—Tanto como tú sin mí —replicó haciéndole un guiño y deshaciéndose de su toque.

Él dejó escapar una carcajada, pero volvió a agarrarla con más firmeza y apretarla contra su cuerpo. La deseaba. Con locura.

—No te tenía por una persona celosa —susurró al oído de Lauren.

—¿Por qué tendría que estarlo? No soy nada tuyo, y tú tampoco eres nada mío.

Caleb la tomó de la mano antes de que ella aceptara bailar con un tipo que trató de aprovechar la oportunidad. Ante la mirada mordaz de Caleb, el hombre pareció desistir y siguió su camino mezclándose entre la gente.

—Te equivocas —aseguró con un tono posesivo que lo sorprendió a sí mismo—. Tú eres toda mía, y yo soy todo tuyo durante los próximos días.

—Me parece que...

—Estamos perdiendo el tiempo —interrumpió él antes deslizar los dedos entre los cabellos de Lauren para tomar sus labios en un beso intenso y profundo. Se

separaron, y en esta ocasión ambos estaban seguros que el calor que recorría el cuerpo de ambos tenía que ver con la excitación que prendía cada vez que se encontraban.— ¿No te parece, Marie?

Lauren solo fue capaz de asentir. No tenía de otra que habituarse a responder a otro nombre. «Una pequeña incomodidad cuando la compensación valía la pena.» Se alegraba al menos de no haber llamado a Sylvinna para decirle que no había podido cumplir con su plan, pues al parecer las cosas seguían el curso pensado.

—Dame un segundo —dijo Caleb y buscó a Emke con la mirada. Tratando de hacerse escuchar entre el ruido intenso le dijo a la amiga de Lauren—: Yo llevo a Marie a casa. No te preocupes. ¿Deseas que regresemos por ti?

—Aunque aceptara, lo más probable es que se olviden que estoy esperándolos. Disfruten la noche que ya me arreglo con este par de chiflados —dijo señalando a sus dos amigos que bebían como cosacos—. Un placer haberte conocido... a ver si algún día topamos de nuevo. —Miró a su amiga—: Hablamos pronto, Lau... Marie —corrigió de inmediato. Caleb ni siquiera notó el ligero desliz debido a la música.

—Hasta pronto, Emke —susurró Lauren.

Él sonrió y asintió, no sin antes tomar la mano de su amante en un gesto espontáneo e íntimo, y entrelazó los dedos con los de ella. Se abrieron paso en medio del gentío. A ella la sorprendió cuando Caleb pagó la cuenta de todos y aparte dejó un *voucher* abierto para lo que Emke, Duncan y Sheine quisieran consumir en lo que quedaba de esa noche.

—No tenías que hacerlo —le dijo Lauren al oído mientras llegaban a la salida.

—Lo sé, pero son tus amigos y me han tratado muy bien.

—Eres demasiado generoso...

—Al contrario —dijo apretando sus dedos contra los de ella— soy muy egoísta, y por eso te llevo conmigo. No quiero compartirte con nadie.

Lauren no replicó porque el gentío los empujaba un poco y les impedía salir. Estuvieron forcejeando hasta que el guardia de seguridad les abrió la puerta.

Ella llevaba claro que, minutos antes, Caleb había estado coqueteando en sus narices con otra mujer. ¿Sería acaso que el intento de conquista no le salió como esperaba? Era una pregunta lastimera, pero no pudo evitar formularsela. La respuesta probablemente era positiva.

El aire frío de la noche los golpeó cuando salieron a la intemperie. Ella se ajustó la ropa de frío para no arriesgarse a pescar una pulmonía, pues su cuerpo estaba todavía caliente por el baile.

Estaban a pocos pasos del sitio en el que él había dejado estacionado el automóvil. Lauren lo retuvo colocando la mano sobre el firme antebrazo. Él la miró.

—Espera.

—¿Qué ocurre?

Lauren dejó escapar aire de sus labios formando un vaho por el contraste de la tibieza de su boca con el frío bajo cero que arrojaba la ciudad.

—No puedes hacer esto, Caleb. Salir conmigo después de habernos acostado, y luego ligar con una mujer en mis narices. Quizá mi mente no es tan abierta como la tuya, pero esto no va conmigo. Si prefieres acostarte con otras mujeres, entonces hazlo. No juegues a dos bandos. —Que estuviera pendiente de un hilo su posibilidad más inmediata de poder quedarse en Holanda, no implicaba que iba a poner su orgullo

de lado.

Él achicó los ojos. La tomó de los hombros, acercándola.

—Si las circunstancias fuesen diferentes creo que me sentiría incómodo ante tu comentario, pero tienes razón en que no puedo jugar a dos bandos. Y no lo estoy haciendo. Tan solo por eso voy a comentarte que la mujer con la que me encontré es una conocida —apartó las manos de los hombros de Lauren—, más que eso, mi exprometida. —Ella fue a abrir la boca, pero Caleb hizo una negación con la cabeza y Lauren cerró sus labios—. Está casada ahora. Me dijo para quedar y ponernos al día sobre lo que ha pasado en nuestras vidas estos años.

Ella asintió. Le resultaba interesante cómo un ser humano podía conocer a la perfección el cuerpo del otro, y al mismo tiempo ignorar por completo los secretos que arrastraba su alma. El placer sexual resultaba magnífico, pero Lauren creía que lo que quedaba al final —después de tantos compañeros o compañeras de cama— era un vacío que ningún éxtasis podía llenar. No tenía que ver con temas morales, porque ella jamás se había considerado ni mojigata ni seguidora de las normas sociales convencionales. Tenía más que ver con el hecho de que compartir el cuerpo implicaba, quisiera o no, compartir también un poco de su alma.

—Entonces, pues, es tu vida, yo...

—Quizá nos conozcamos hace poquito tiempo, Marie, pero soy un hombre íntegro. No estaría contigo si quisiera estar con otra. Tú puedes estar con quien desees, cuando lo quieras; y de igual manera, yo. Te di mi palabra, y me diste la tuya, de que los próximos días son nuestros. Y es así. —Ella asintió lentamente—. La historia con mi ex fue intensa, ocurrió seis años atrás. Y haberla visto de nuevo me tomó por sorpresa. Eso es todo.

—Caleb, no sé qué decirte —murmuró, sonrojándose—. Me parece que todo esto va demasiado rápido. Las emociones que causas en mí... yo... —se miró las manos— he estado con otras personas, pero una aventura, así, nunca.

Él colocó el dedo bajo la barbilla de Lauren y la elevó para mirarla.

—Siempre existe una primera vez para todo. Ahora, ¿me crees entonces que no quería ni voy a tener nada con otra mujer mientras esté contigo?

«¿Cómo no creerle cuando la miraba con esos ojazos hermosos, y le hablaba con una convicción imposible de refutar?».

—Sí, Caleb. Te creo.

Una encantador sonrisa asomó a los labios masculinos. Como si el hecho de que Lauren le creyera hubiera representado un gran alivio.

—Aprovechemos entonces cada minuto que nos quede.

—Eso suena bien.

—Hay un sitio al que quiero llevarte —dijo Caleb con una sonrisa.

—¿Pasada medianoche?

—Nunca es tarde o demasiado temprano para vivir un poco o alocadamente.

—Me empiezas a asustar.

Él le hizo un guiño ante el tono bromista de ella.

Se acomodaron en el automóvil, y él encendió el motor sin decir hacia dónde se dirigían con exactitud.

—¿Es tuya? —preguntó Lauren, asombrada, cuando él abrió la puerta para dejarla contemplar el espléndido interior de la casa flotante.

Habían llegado hasta uno de los canales de la ciudad, bastante alejado del centro, y él la guio por una callejuela hasta que dieron con una infraestructura de color verde musgo que flotaba anclada cerca de lo que era un estrecho camino para poder avanzar hasta donde él deseaba llevarla. Era la única casa flotante que había en el canal.

—Pensé que podría gustarte. —Caleb encendió un dispositivo y de pronto la decoración navideña cobró vida ante el asombro de Lauren—. Una persona suele rentarla gran parte del año, pero en esta ocasión decidió pasar las vacaciones con su familia en Verona. La dejó decorada para pasar el seis de enero.

—¿Son españoles?

—Sí. Ellos celebran mucho el Día de Reyes Magos.

—Ya.

Ella no había tenido la oportunidad de entrar en una de esas casas. Además, no todos tenían el privilegio —o quizá la necesidad— de contar con una. En el caso de Caleb sabía que se trataba de un lujo.

Se encontraban un poco alejados de la ciudad y por ello eran pocos los edificios que los rodeaban. Los acompañaba el cielo estrellado. Lauren sonrió cuando observó las miniaturas fotográficas de la familia, y que se encontraban ubicadas en lo que era una mesita de centro en forma de corteza de árbol. La decoración era rústica y al mismo tiempo encantadora. Se veía un par de muñecos de felpa. Un indicio de que habitaban dos pequeñas niñas. El espacio era amplio.

Caleb le colocó la mano en la espalda.

—Te mostraré el lugar.

Ella se giró.

—¿No se molestará la familia porque estamos invadiendo su privacidad?

—Claro que no, ellos son amigos míos y saben que iba a estar en Ámsterdam, así que están avisados de que podría quedarme por aquí. —Sacó un juego de llaves del bolsillo y las agitó—. Tengo pleno permiso.

—Es una casa hermosa. Yo no creo que podría vivir aquí.

—¿Poco lujo para una abogada aduanera? —preguntó dejando el juego de llaves de lado y ubicándose frente a Lauren.

—Soy una mujer de gustos sencillos —dijo estirando la mano para acariciar la mejilla de Caleb—. ¿Acaso no lo has notado?

Él rio.

—Entonces espero que te guste el champán.

—Vamos a buscar las copas —dijo con entusiasmo.

Caleb hizo una negación con la cabeza. Le tomó la mano y avanzó con ella hasta lo que era la cocina. Perfectamente equipada.

No había un electrodoméstico de más... Para Lauren las personas que eran capaces de ampliar espacios impensados haciéndolos habitables y lujosos le resultaban fascinantes. El interior de la casa flotante, salvo por un ligerísimo vaivén, no daba a entender que estuviesen sobre el agua de un canal.

Él se acercó al refrigerador y buscó el champán. Había diez botellas de diferentes marcas. Todas ellas sobrepasaban los cuatrocientos dólares por unidad.

—Una familia con todos los elementos indispensables para celebrar.

—El viaje de los Tricot no fue planeado. Los llamaron de un momento a otro, y decidieron aceptar la invitación. Ya les repondré su botella de champán —dijo, antes de tratar de guiarla hasta la pequeña y cómoda salita.

—Hey, faltan las copas —insistió Lauren.

Caleb la miró con detenimiento. Había fuego en su mirada, y ella tragó en seco.

—Claro que no, Marie. Esta noche el champán sabrá mejor porque pienso beberlo en compañía de tu piel.

Sin una palabra que replicar, menos reprochar, Lauren pasó una de las veladas más sensuales. La forma de hacer el amor de Caleb le resultaba abrumadora. Era intenso y tierno a la vez. No quería hacerse ilusiones de que ella le importaba. Lo que sí podía asumir, no sin temor, era que empezaba a disfrutar demasiado de la compañía de un hombre que tenía un papel con fecha de caducidad en su vida.

Al llegar la madrugada, cuando los suspiros de placer cesaron con lentitud al regresar de un clímax que los dejó temblando, Lauren sintió las manos de Caleb abrazar su cintura. El reconfortante calor de su cuerpo desnudo, y la tibieza de las mantas, fueron la mejor cobija y arrullo. Ella pensó que era poco probable que, al menos esa ocasión, la dejara sola.

—No voy a marcharme a ninguna parte —susurró él, como si hubiese podido leerle el pensamiento—. Será mejor que durmamos.

—¿Tú crees? —indagó con tonto sensual antes de girarse entre los brazos de Caleb y mirarlo con los ojos brillantes.

—Ya no estoy seguro —dijo con una sonrisa antes de inclinarse para besarla.

Al día siguiente cada uno le mostró al otro la parte de la ciudad que más les gustaba. Obviaron los sitios muy turísticos porque carecía de sentido mostrar lo que todo el mundo ya conocía. Buscaban algo auténtico. Diferente.

En la mañana se quedaron remoloneando en la cama. Entre risas y besos salieron a recorrer la ciudad. Luego de andar por los parques y disfrutar de un concierto temprano de un coro de Navidad, hicieron una parada en un restaurante francés, EM Eiland. Caleb había ido varias veces porque le gustaba la ubicación. Cerca de Amsterdam-Noord, y el sitio en el que funcionaba antiguamente había sido una torre de transmisión de televisión que cerró ni bien había ocurrido su lanzamiento.

—Vaya —dijo Lauren cuando estuvieron ubicados en una mesa—. La vista al río IJ, y la ciudad, es maravillosa.

—Sin duda alguna. ¿Te has dado cuenta de que cuando algo te gusta mucho te sonrojas? —preguntó recostado contra el respaldo del asiento y con las manos sobre el mantel bordado. Era una posición que denotaba su estado anímico: a gusto y relajado. Le encantaba la compañía de esa mujer.

—Yo... —bajó la mirada— es algo que ocurre desde pequeña. No puedo evitarlo.

—Me parece un rasgo adorable —expresó con dulzura.

—No sé qué decirte... ¿gracias?

—Te haré sonrojar de otras maneras, sin duda. Entonces, quizá puedas darme las gracias.

Ella soltó una carcajada sin poder evitarlo. Caleb flirteaba con un desparpajo que resultaba a la vez que pícaro, también encantador. Ella empezaba a preocuparse. Trataba de encontrarle algún gran defecto, y resultaba algo difícil. ¡Incluso bailaba bien! No podía hablar de las artes amatorias de Caleb porque resultaría redundar en un intento de explicar la palabra “maravilloso”.

Después del delicioso almuerzo salieron de la calle Haparandadam. Caleb condujo hacia la dirección que le dio Lauren mientras le contaba anécdotas sobre su infancia en Europa, los veranos en Grecia y un poco de lo que le costó labrar los cimientos de su compañía.

—¿Dónde me llevas?

—Como un hombre de negocios debes conocer una de las mejores destilerías que hay en la ciudad. ¿Has escuchado del In de Olofspoort?

—Nos queda cerca, pero nunca he entrado. Probar el jenever me hizo vomitar cuando era adolescente. Desde entonces mis gustos por las bebidas han cambiado.

—Bueno, ahí tienen sesenta variaciones del jenever. Ya ha pasado un tiempo desde tu adolescencia —dijo burlona— así que de seguro tu estómago resiste mejor y de paso puedes ver qué clase te gusta más...

—¿En qué tiempo de tu trabajo has logrado conocer esos detalles de Ámsterdam?

Ella se encogió de hombros.

—Emke es nativa, y suele llevarme a sitios. Mis amigos comentan.

Caleb asintió y puso en marcha el automóvil.

Pasearon y se entretuvieron con la soltura que solo brinda la falta de preocupaciones. La sensación de disponer de todo el tiempo para sí mismos.

Al caer la noche, alrededor de las nueve, ya habían hecho un tour bastante considerable. Ella trataba de no quejarse del dolor de pies, y él hacía otro tanto procurando no quedarse dormido después de haber consentido una idea loca de Lauren. Ir a un coffee shop y probar uno de los llamados happy brownies.

—Menos mal solo probé un bocado —dijo él. Miró a Lauren como si le hubiesen crecido dos cabezas, pues esta se reía de cualquier cosa—. Aunque supongo que no mediste tus raciones.

Caminando por el lobby del edificio de ella, Lauren se encogió de hombros.

—Creo que es una forma entretenida de acabar el día.

—No se ha acabado todavía —aseguró Caleb acariciándole la mejilla.

Iba a besarla cuando sonó su móvil. De mala gana se apartó. Contestó sin ver de quién se trataba. Si lo hubiera hecho quizá habría obviado la llamada. Y no porque su abuela no le importaba, sino más bien lo contrario. Negarle algo a Sylvinna implicaba un cargo de conciencia, ligero.

—Hola, abuela —saludó.

Lauren abrió los ojos de par en par. Como si el efecto del happy brownie se le hubiese evaporado contempló a Caleb apartarse para atender lo que fuera que Sylvinna le estuviera diciendo. «¿En qué demonios piensas?», le dijo una vocecita a ella. No estaba jugando a las citas románticas. Empezaba a perder la perspectiva. No podía enamorarse de un hombre... no cuando estaba utilizándolo para su futuro.

Fingió que no sentía curiosidad y le hizo una seña a Caleb diciéndole que estaría en su piso. Él asintió y permaneció al teléfono en el lobby.

Lauren aprovechó la soledad para quitarse el abrigo. Las botas e ir por un café bien cargado. Necesitaba despejar la cabeza. Se preguntaba qué le estaría diciendo Sylvinna a su nieto. Si lo convencía de ir a la fiesta, entonces ella estaba perdida, porque la abuela de Caleb ya no tendría ningún interés en ayudarla.

—¿Puedo pasar? —preguntó él, sacándola de sus pensamientos.

Se incorporó.

—Claro, por eso dejé la puerta abierta. ¿Te sirvo un café?

Caleb dejó la chaqueta y la bufanda en un colgador cercano.

—Por favor.

Él la contempló mientras se movía en la cocina. Le gustaban los gestos elegantes y suaves que ella tenía. Le parecía una mujer refrescante, y muy distinta a las tantas que habían pasado por su vida. Empezaba a plantearse la idea de quedarse un poco más en la ciudad y dirigir un par de semanas su negocio por conferencia telefónica. Se daba cuenta de que quería pasar más tiempo con ella. Y eso era toda una novedad para un hombre acostumbrado a anteponer su negocio y profesión a una relación. Al menos desde Harper.

—Marie... —Lauren, ya acostumbrada a que la llamaran con otro nombre, se giró. Le tendió la taza que él aceptó gustoso.

—¿Todo bien? —preguntó, ansiosa. Moría de curiosidad por saber qué había conseguido poner esa mirada pensativa en Caleb.

—Me ha llamado mi abuela.

—¿Ha pasado algo?

—No —dijo un sorbo al café—, al menos nada por lo cual deba inquietarme. Insiste en que pronto va a morir y quiere que vaya a la fiesta de Navidad.

Lauren sonrió.

—Comprendo. Me dijiste que ella suele ser un poquito melodramática, ¿verdad? —Él asintió, mientras Lauren contemplaba el borde de su taza de café. Ya casi se había bebido todo el contenido—. Si no te interesa la chica que tu abuela quiere para ti, ¿cuál es el problema en presentarse en la fiesta?

Caleb se pasó una mano por el cabello rubio. Era un gesto convencional, pero en él resultaba sexy.

—No conoces a mi abuela. Cuando tiene una idea no hay obstáculo que le sea suficiente traba como para impedirle hacerla realidad.

—Pero los años anteriores, ¿evadiste la fiesta también?

—Desde que supe que quiere emparejarme con la nieta de su mejor amiga, hace dos años, lo que hago es ir el día veinticinco para el almuerzo navideño de la familia o me aseguro de que Brook ya se ha marchado. Entrego los obsequios a toda la familia, y listo. Misión cumplida.

—Mmm...

La mirada azul de Caleb se iluminó.

—Se me acaba de ocurrir algo.

—Bueno, por tu expresión esperanzada imagino que tienes mucha fe en ella.

—¿Podrías acompañarme a la fiesta de mi familia?

Lauren lo quedó mirando un largo rato. Él esperaba, ansioso. ¿Cómo no se le había ocurrido invitar a Marie?, se preguntó Caleb. Era la solución perfecta y podría fingir que tenía intenciones serias con ella para que su abuela dejara la tarea de

procurar ser una fallida casamentera.

—No quisiera que tu familia mal interpretara la situación entre nosotros —dijo.

Una parte de ella sentía gran alegría ante la idea de ver cumplida su meta: ir con Caleb a la fiesta de Sylvinna y ganarse su compensación; sin embargo, por el hecho de haber tenido la oportunidad de conocer un poco más a ese magnífico hombre, experimentaba una sensación de vacío anticipado ante la idea de no volver a verlo. Ante la idea de que estuviera con otra mujer... Después de la noche de la fiesta de Navidad de los Bescott, lo más probable era que él perdonara cualquier intransigencia de la tal Brook. No creía que Sylvinna fuera a presentarle a su nieto alguien incapaz de cumplir con sus requisitos.

—Te prometo que voy a compensarte —dijo él, sacándola de su reflexión.

Ella esbozó media sonrisa. Observando la mirada diáfana y el aura de calidez que emanaba de Caleb fue muy fácil darse cuenta de su verdadero problema.

Estaba enamorada.

—¿Marie...? ¿Por qué de pronto pones esa expresión? Mi abuela no muerde, te lo aseguro —continuó el con tono bromista.

«Tienes que seguir hasta el final con esta charada, Lauren», se dijo a sí misma.

—¿Seré una enviada especial para protegerte de la malvada nieta de la mejor amiga de tu abuela? —preguntó con sensualidad antes de incorporarse para acomodarse sobre las piernas de Caleb. Lo abrazó del cuello. Lo abrazó en esta ocasión con más dulzura, precisamente porque a partir del descubrimiento de sus sentimientos por él, nada sería igual.

—Algo así, preciosura —dijo él, acariciándole la cintura.

—Deberías decirle la verdad —dijo Emke.

Lauren estaba vistiéndose para la fiesta de Sylvinna. Durante toda la mañana y tarde había pensado en la manera de decirle a la abuela de Caleb que se retractaba del pacto. Que ya encontraría el modo de regresar a Holanda en otro momento, y que no le mencionara a Caleb del acuerdo entre ambas. En la cama con Caleb, saboreando sus besos y palpando su piel, el remordimiento había hecho presa de su pensamiento, pero se urgió a disfrutar de las pocas horas que les quedaban juntos.

—Recuerda que la abuela de Caleb quiere que su nieto se empareje con alguien de su misma clase social, no con una muchacha que conoció en una casa de acompañantes porque creía que se trataba de un local de citas a ciegas —rezongó Lauren subiéndose el cierre lateral del vestido azul con mangas transparentes y bordillo de falda con pedrería.

Emke se recostó contra las almohadas. Llevaba ya un rato en la casa de Lauren, pues Caleb se había marchado tan solo dos horas antes. Podía decir que el hombre le caía bien. La idea de que Caleb estuviera con su amiga le agradaba. Sentía que, por primera vez desde que conocía a Lauren, ella tenía un brillo especial en la mirada y no estaba relacionado con un negocio independiente a largo plazo. No quería verla lastimada, aunque parecía inevitable.

—Pero si reparas en que Caleb te mira a ti de otra manera...

Lauren dejó caer las manos a los lados y se apartó del espejo para mirar a Emke.

—La que está enamorada soy yo. No él, para que quede claro... lo siento, no quise hablar de ese modo. —Emke solo sonrió, comprensiva—. No se me pasó por la mente que esto pudiera suceder. Ha sido tan poco tiempo...

Recogiendo las piernas en flor de loto, Emke abrazó un cojín bordado de la cama de Lauren.

—Como sicóloga puedo decirte que un hombre que busca una aventura no muestra tanta atención a otras personas ajenas a su amante. ¿Crees que otro hubiera tenido el gesto que Caleb mostró hacia mí proponiendo recogerme después, o con los bobos de Sheine y Duncan al dejarles un voucher abierto para que consumieran lo que se les viniese en gana?

—Te repito que han sido solo unos días, quizá estaba tratando de mostrar...

—¿Quién ha dicho que el amor tiene fecha de inicio predeterminada? ¿Científicos? ¡Já! —dijo incorporándose. No le gustaba cuando Lauren empezaba a decir necesidades—. Será mejor que te des prisa —miró el reloj de pulsera— te ayudo a arreglarte el cabello.

Lauren estaba nerviosa. Ansiosa.

—No puedo decirle sobre el trato de su abuela.

—Pero puedes decirle que te has enamorado de él.

—Emke... no es tan sencillo. ¿Qué crees que pensará si le confieso lo que siento, y además lo que tramé con su abuela a sus espaldas?

La rubia resopló, antes de ir por la tenaza para moldear el cabello de su amiga.

—Te darás cuenta si él siente lo mismo por ti y si es capaz de disculparte.

—Temo la respuesta.

Emke ajustó la temperatura de la tenaza y tomó un mechón de cabello.

—Nunca la sabrás si mantienes tu actitud de cobardía. Ahora, por favor, mantente quieta antes de que te queme la cabeza por ser tan obtusa.

Eso sacó una carcajada a Lauren y quitó la expresión inquieta de su rostro. Al menos de momento.

Caleb salió de su hotel con un aleteo en el pecho muy impropio en él. No sabía de qué se trataba. ¿Expectativa por la forma en que reaccionaría su abuela al conocer a Marie? ¿Alegría de volver a ver a Marie? A él le parecía una mujer estupenda, y esa noche quería proponerle que se continuaran viendo a pesar de la distancia. ¿No decían que la voluntad movía montañas? Pues él tenía los recursos suficientes para manejar su horario y trabajar desde otro punto del planeta cuando fuese necesario.

Que Marie trabajara en Ámsterdam, siendo norteamericana, quizá era un plus. Podrían coordinar pasar una temporada en Estados Unidos, al menos las vacaciones de ella, y... ¿Qué diablos?

Estaba pensando, por primera vez, a largo plazo con alguien desde Harper. Debería estar asustado. Esperó que la necesidad de alejarse, que hacía tan breves sus relaciones, llegara. Que el ansia de cancelar la velada con Marie apareciera.

Lo único que encontró fue la certeza de que estaba en la sincronía adecuada...

Mientras conducía hasta el hotel donde lo esperaba su familia, Caleb pensó en lo mucho que le gustaba la Nochebuena. Desde pequeño había disfrutado de grandes

festejos con su familia. Y por esos recuerdos se consideraba un hombre afortunado.

La Navidad conseguía que el niño que vivía en su interior cobrara vida. Podía recordar la emoción con que esperaba la llegada de la medianoche, hasta los doce años en que el granuja de Spyros le arruinó la magia diciéndole que Papá Noel era una fantasía. Él creía en la magia. Sí. Un hombre hecho y derecho, pero que el corazón se le hacía un flan cuando veía a los suyos sonrientes.

Le gustaba ayudar a su madre con el chocolate caliente. A tomárselo, porque cocinar no era lo suyo. Ni quería intentarlo. Eran siempre esos pequeños detalles que compartía con la gente que le importaba de verdad, los que cubrían en cierta manera el vacío que empezaba a experimentar cuando su abuela le recordaba que debería de dejar de darle su energía y dedicación solo a sus proyectos empresariales.

Se preguntaba si acaso Marie era la mujer para él...

CAPÍTULO 7

—Me gustaría quitarte ese vestido —le susurró Caleb al oído.

El cálido aire que emanó de sus labios le produjo un cosquilleo a Lauren que puso sus pezones erectos. Ella le dio un suave codazo.

—Aquí no —dijo sin ocultar el rubor que se apropió de sus mejillas.

Lauren no tenía idea de cómo iba a sobrevivir a la despedida. Era su última noche juntos. Tal como habían acordado los dos, días atrás. ¿Cómo pasaban cinco días con tal velocidad? El hecho de que él ni siquiera hubiera mencionado que sería su última noche con ella le daba esperanzas. ¿Se habría prendado un poquito, aunque sea un poquito, hasta el punto de desear alargar el tiempo juntos de alguna forma?

—Tienes razón, quizá podamos escabullirnos más tarde en alguno de los rincones de este hotel —dijo con tono sensual.

—Caleb, has resultado ser un hombre incorregible —murmuró.

—¿Es ese un defecto? —indagó fingiendo consternación.

Lauren no pudo hacer otra cosa que reír.

—Creo que en este caso resulta toda una virtud.

Despampanante. Aquel era el adjetivo perfecto para describir a Marie, pensó Caleb. El vestido azul lo dejó boquiabierto, al igual que la transformación completa de ella con ligeros toques de maquillaje. Con los tacones le llegaba a la barbilla, pues a diario solo lo hacía hasta la mitad de su cuello. Cada curva estaba marcada como si hubiesen cosido el vestido sobre su piel. Destilaba sensualidad y elegancia.

Esa noche llevaba un aroma que empezaba a hacer estragos en su intento por mantener a raya sus instintos. Nada deseaba más que perderse en ese aroma de manzana y canela. Penetrar su cuerpo y pedirle que extendiesen más el tiempo juntos. Más tarde. Se lo pediría más tarde. Estaba seguro de que podían salvar el hecho de vivir en dos husos horarios diferentes, así como continentes.

—Tu familia nos espera —dijo ella, antes de entregar su abrigo a uno de los encargados. La ropa que llevaba se la había costado de su bolsillo, tal y como le dijo a Sylvinna que haría.

—Te gustarán... Y tú a ellos.

—Caleb... espera —dijo en un arranque de sinceridad motivado por los nervios. Por la ansiedad de lo que iba a ocurrir... y lo que jamás ocurriría entre ella y Caleb. Detestaba los finales, las despedidas. Cuando Sylvinna los viera, lo primero que haría sería escapar con discreción cuando él se descuidara. No deseaba enfrentarlo. Aceptar que le había mentado. Ver el reproche en su diáfana mirada azul.

Él la miró de aquella forma que conseguía derretir sus neuronas. El esmoquin negro y el peinado hacia atrás, sin dejar de lado la barba de dos días y el perfume, lo hacían parecer más un actor del Hollywood clásico, que un empresario y genio del proceso de programación de softwares.

—¿Sí? —preguntó con tono profundo.

«Tu meta es más grande que tus emociones hoy, Lauren», le dijo una vocecita. Pretendió desoírla. No resultó. Ningún hombre merecía que una mujer, aunque hubiera amor, dejara de lado sus metas personales. Ni viceversa. Negociar era posible, sin embargo, en este caso ella no tenía nada con qué negociar porque la única que sentía y estaba enamorada era ella, no Caleb. No podía arriesgarse por hipótesis surgidas de su lado romántico. O por la charla que tuvo con Emke horas atrás.

—Me alegro de estar aquí —dijo al fin.

Caleb estiró la mano para acariciarle la mejilla.

—Y yo de tenerte como acompañante.

Lauren se aclaró la garganta. Resultaba tan... tan difícil no decirle la verdad.

—¿O carabina para la tal Brook? —preguntó a cambio tratando de deshacerse de la corriente sensual que emanaba entre ambos, y también reprimiendo los celos que experimentaba ante la idea de que él pudiera fijar sus ojos en otra mujer.

Caleb soltó una carcajada que marcó unas ligeras arruguitas alrededor de sus ojos. Ese sonido resultaba efervescente para Lauren.

—También podría servir, sí —dijo haciéndole un guiño, antes de tomarla del brazo para guiarla a la cena—. Aunque lo que tengo en la mente ahora mismo consiste en tu cuerpo desnudo bajo el mío, y sin espectadores.

El salón Prinsenkamer del Hotel D L'Europe en el que Sylvinna Bescott había organizado la reunión, se había convertido en uno de los más solicitados. Con ochenta y cinco metros cuadrados de espacio para cien invitados, la sobriedad y elegancia que destilaba en cada esquina impactaba. La mezcla de la decoración navideña, blanca con dorado, y la esencia misma del salón, no solo daban cuenta del exquisito gusto de la cabeza de la familia Bescott, sino también del esmero del personal del hotel para complacer a todos sus huéspedes del mejor modo posible.

Lauren estaba embelesada contemplando una gran bola de cristal que pendía del centro del salón, tan solo sostenida por sendos metros de tela de terciopelo roja con dorados que se entretejía con soltura por todo el tumbado. Notó las mesas dispuesta para un total de treinta y cinco personas. Había una pista de baile que ocupaba gran parte del centro del salón con los respectivos instrumentos musicales.

—¡Mi querido nieto! —exclamó Sylvinna al ver entrar a Caleb.

La familia Bescott estaba casi al completo. Todos elegantemente vestido, y animados charlando los unos con los otros.

—Abuela —dijo abrazándola con afecto. Cuando se apartó de la anciana se giró hacia Lauren—: Quiero que conozcas a Marie LeFamn. Una abogada norteamericana que maneja temas aduaneros y, como puedes notar, guapísima.

Una silenciosa y breve comunicación se fraguó entre las dos mujeres. Sylvinna le hizo un asentimiento imperceptible.

—Encantada de verte aquí —dijo Sylvinna—. Qué bueno que mi nieto se haya decidido traerte. Siéntete como en tu casa, por favor.

Lauren carraspeó.

—Yo... gracias. —Caleb le apretó los dedos con los suyos con firmeza como si estuviera diciéndole que todo estaba bien. «Cómo te equivocas», pensó Lauren, sonriéndole sin poder evitarlo.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en Ámsterdam? —preguntó la anciana. Llevaba un vestido largo en tono borgoña y perlas de Mallorca adornaban sus orejas y

cuello. No abandonaba jamás sus anillos: el de pedida de mano y el de matrimonio. Eran su única conexión especial, y material con significado, con su difundo esposo.

—Pocos meses.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo en esa compañía aduanera? —preguntó Sylvinna.

—Abuela, por favor, no empieces.

—Depende de mí empleador —expresó Lauren mirando fijamente a la mujer.

La anfitriona esbozó una sonrisa.

—Seguro que te quedas mucho tiempo —dijo. Con eso Lauren supo que su destino estaba asegurado en el plano laboral. Esperó sentir ese alivio triunfal, pero lo único que vibró en su corazón consistió en un palpito débil que indicaba que sería muy difícil volver a enamorarse—. Ahora, basta de cháchara, siéntanse cómodos en esta fiesta privada. Caleb, puedes presentarle a la familia a tu invitada, y espero que no dejes de ser cortés cuando lleguen los amigos de toda la vida.

Aquel era un mensaje claro para Caleb. Si llegaba Brook tendría que atenderla sin rechistar. Cuando le avisó por teléfono a Sylvinna que iría con una acompañante, esta le dijo que lo que verdaderamente le importaba era él. Aunque, conociendo a su abuela, sabía que no lo decía del todo en serio. Al menos no cuando sus intenciones era que le diera la oportunidad a Brook de vincularse a él en una cita. O algo más.

—Por supuesto —replicó él, antes de tomar la mano de Lauren con la suya.

Caleb fue de mesa en mesa presentándola. Como Marie, su pareja. Aquello sorprendió a Lauren, pero no se atrevió a objetar. ¿Qué más daban los títulos cuando no tenía nada ya que perder...?

Primero, la llevó hasta donde estaban sus padres. Después, sus hermanas. Pasaron por donde estaban los alborotadores de sus sobrinos. Sus tíos y después sus primos. Todos, como ya era costumbre del clan, recibieron a la invitada de Caleb con la mejor de las sonrisas.

—¿Dónde está Spyros? —le preguntó en un susurro a su hermana mayor.

Helena, le dijo que llegaría dentro de un rato porque había tenido un desperfecto con el automóvil y tuvo que cambiarse de nuevo de esmoquin.

Pronto, casi todas las sillas estuvieron ocupadas.

Antes de la cena hubo tiempo para bailar. Lauren se rio y disfrutó del momento. No podía ser de otro modo. A pesar de sus reticencias se sentía abrigada por la espontaneidad y alegría que circulaba entre la familia Bescott. En ningún instante se sintió fuera de sitio. Una parte suya la impulsaba a salir lo antes posible del hotel, y otra le insistía en hablar con Caleb para contarle la verdad.

—Estás muy callada de repente —le dijo Caleb acariciándole la cintura—. ¿Es que tienes algo en mente para esta noche cuando estemos solos?

—Una teoría interesante, señor Bescott —replicó con una sonrisa.

—¿Te apetece salir un rato de tanta algarabía...?

—¡Caleb, cariño! —exclamó su abuela a pocos pasos, llamando la atención de la pareja que en esos momentos se apartaba de la pista de baile.

Él miró a Sylvinna. No llegaba sola. La acompañaba una belleza de ojos grises y cabello negro azabache. Brook Hasbath.

En un par de ocasiones la había visto en reuniones de la clase alta neoyorkina, y aunque la saludaba su intención era siempre de evitar cualquier gesto que ella

pudiese mal interpretar. No se consideraba un hombre vanidoso, ni egocéntrico, aunque sí lo suficientemente perspicaz para darse cuenta cuando una mujer estaba interesada en él... o en sus millones. Esto último era lo que ocurría con Brook.

Creía que él ignoraba sus antecedentes. Y quizá era mejor así. No quería que su abuela se enterara, y se sintiera defraudada, si supiera la verdad detrás de esa sirena curvilínea que cantaba su música para atraer con malas artes al lado infame de los negocios y sus triquiñuelas.

—Caleb, me alegra de verte al fin sin el bullicio de Nueva York —dijo Brook con voz melosa, ante la sonrisa de Sylvinna por haber logrado su cometido, y la sensación de estómago revuelto que experimentaba Lauren.

Habría esperado que la tal Brook tuviera los dientes torcidos. El cabello hecho una estopa de lavar trastes. Que la piel luciera amarillenta o que su figura fuese todo menos una obra al erotismo femenino. «Mejor no compararme», se dijo Lauren intentando fingir una sonrisa. ¿Quién era la culpable de que el hombre al que ella quería estuviera yéndose a los brazos de otra? Solo ella. Y por voluntad propia.

—Brook —saludó él— déjame presentarte a mi pareja, Marie.

La predilecta de Sylvinna esbozó una mueca imperceptible, no sin antes haber hecho un rápido escaneo de la indumentaria de Lauren.

—Marie... ¿y de dónde se conocen?

—Una anécdota muy simpática, pero demasiado larga para contarla en Navidad —replicó Lauren con la misma sonrisa que parecía estar a punto de resquebrajarle el terso cutis.

—Oh, vamos, vamos, tienen que ponerse al día ustedes dos —dijo mirando a Caleb y empujando ligeramente a Brook para acercarla a su nieto. Posó su mirada sobre Lauren—: Jovencita, nada me gustaría más que presentarte a alguien importante que acaba de llegar. Siempre está en las reuniones de mi familia por ser una de nuestras más antiguas asesoras empresariales. Un baluarte.

—¿Le vas a presentar a Glindina? —preguntó Caleb, exasperado porque Brook parecía entusiasmada ante el plan de su abuela de ponerla a su lado para charlar a pesar de que tenía él una pareja esa noche. Le pareció irrespetuoso y poco normal ese comportamiento en su abuela, pues siempre estaba muy apegada a los protocolos sociales... Aunque, a decir verdad, Sylvinna Bescott solo utilizaba las convenciones estipuladas por la sociedad cuando le convenían. ¿Qué tramaba su abuela además de lo obvio con Brook?, se preguntó. Experimentó un sinsabor que lo puso alerta.

—Claro, acabó de llegar hace cinco minutos —dijo Sylvinna.

—Abuela —dijo con severidad— no puedo dejar sola a Marie.

—No pasa nada —intervino Brook con voz melodramática en tono ofendido— me alegra de haberte saludado y...

Lauren, sintiéndose muy incómoda, y a sabiendas de que Sylvinna no estaba siendo delicada porque conocía la circunstancia que rodeaba esa conversación, decidió intervenir. Muy a su pesar. Lo último que quería era dejar a Caleb con una mujer que no solo tenía conocimiento del mismo entorno en que Caleb solía relacionarse, sino que además contaba con el beneplácito de su abuela. La persona más importante en la vida de ese hombre. Aplaudía que Caleb hubiera pensado en ella. Una muestra de que, en ese sentido, continuaba siendo un caballero.

—Sylvinna, me gustaría mucho conocer a su amiga. Seguro es tan encantadora

como su hija —dijo. ¿Por qué no se inscribió en las clases de teatro cuando tuvo tiempo? Seguro y a estas alturas ya debería tener al menos una nominación al Oscar.

La mirada de la abuela de Caleb se iluminó.

—Magnífico. Quiero que te enteres de todo lo que ella sabe de mi negocio.

—Ella no tiene por qué interesarse en tus negocios, abuela, ¿qué te ocurre esta noche? ¿Has tomado ponche de más? —preguntó Caleb, consternado por el poco tacto que mostraba.

Lauren y Sylvinna se miraron.

—Estoy orgullosa de mi negocio. Y me alegrará que ella entienda de dónde proviene la vena del comercio en los Bescott... aunque sea en Navidad —dijo para quitarle el ceño fruncido a su nieto preferido—. Falta poco para que llegue la hora de la cena, y quiero aprovechar en conocerla un poco más a La... Marie.

Dándose por vencido, y sin querer armar una escena, Caleb asintió. No sin antes atraer a la mujer que había cambiado su perspectiva sobre el sexo opuesto y plantarle un beso. Un claro mensaje para Brook y para su abuela.

—Te espero —le susurró al oído a Lauren.

—Sí —murmuró ella antes de alajarse con la abuela de Caleb.

—Antes de que hablemos con otra persona hay algo que quisiera decirle. Es importante —dijo Lauren—. ¿Podemos hablar en algún sitio sin ser interrumpidas?

—Solo quiero agradecerte porque has cumplido tu parte. No sabes lo feliz que soy ahora que Brook finalmente tiene un tiempo, lejos de esa congestionada Nueva York, para interactuar con Caleb.

—Sylvinna...

Estaban cerca del sitio en donde se preparaban las bebidas.

—Me caes bien, muchacha, pero no quisiera que ese beso que acabo de presenciar se convierta en un impedimento para que Caleb note a Brook.

Sintió como si ella fuese un globo y la acabasen de pinchar con una aguja.

—Sylvinna...

—Mañana temprano llamaré a mi asistente para que tramite todos los papeles lo antes posible e iniciar el proceso de tu permiso de trabajo. Lo auspiciaré tal como acordamos.

—No lo quiero —dijo al fin—. No quiero el empleo.

—¿No era acaso tu sueño?

—He cambiado de opinión. Me he enamorado de su nieto... y no quiero conseguir nada a costa de haberle mentado. Prefiero quedarme el tiempo de gracia que me queda en la ciudad y luego ya veré qué puedo hacer.

—Pero...

—¡Abuela! —exclamó alguien desde la entrada del salón, quitando la atención de Sylvinna a todo lo que no fuera el recién llegado.

Tan acostumbrado como siempre a llamar la atención, Spyros, apareció en el umbral de la puerta del salón. Iba con una guapa pelirroja del brazo. No era infrecuente. El griego era un mujeriego reputado. Con su elegante traje que marcaba sus músculos y aquellas facciones griegas hacía palidecer a cualquier otro hombre

alrededor, excepto a su primo y compinche, Caleb.

Lauren no sabía si sentirse aliviada o consternada porque le habían frustrado la charla. Ya las mesas estaban llenas. No faltaba nadie. Ver al primo de Caleb a la entrada la impulsó a hacer lo que consideraba más oportuno: salir del hotel.

Aprovechó el alboroto, las risas y saludos hacia Spyros, para retirarse sigilosamente. Avanzó con agilidad haciendo espacio entre los primos o tíos que se reían o charlaban con ánimo. Era una familia muy chispeante los Bescott.

Sintiéndose a salvo, respiró al fin. Le hizo un gesto al hombre que se encargaba de los abrigos, y este desapareció en búsqueda del suyo. No veía a Caleb por ningún sitio. No sabía si era esa una buena o una mala señal. ¿Se habría dado cuenta que Brook no era lo que creía? ¿Consideraría que quizá valía la pena intentarlo con alguien que entendiese mejor su mundo corporativo?

Le dio la espalda al salón y se ocupó de estar bien resguardada detrás de un poste, a la espera del hombre de los abrigos. Lo vio acercarse y le sonrió con agradecimiento. Tendría que pedir un taxi al servicio del hotel. Aunque a esas horas a ver si conseguía. Claro. Apenas eran las diez y media de la noche. Seguro tenía un poco de suerte.

—¡Hey, preciosa, estaba buscándote! —le dijo Caleb, sorprendiéndola.

Renuente se giró.

—Creo que será mejor irme... ha sido una velada bonita, pero...

—De eso nada, señorita —expresó con una sonrisa—. Quiero que saludes al culpable de que no desee alejarme de ti. —Lauren abrió y cerró la boca porque intentaba articular alguna palabra. Demasiado tarde cuando su cerebro reaccionó, porque el primo de Caleb estaba junto a ellos—. Este truhan no ha cesado de incordiar a la abuela con sus apariciones repentinas en las fiestas familiares —expresó sonriente mientras le daba una palmada en la espalda a Spyros.

—¿Quién es esta belleza de ojos castaños, Caleb? —preguntó a su primo, observando con evidente interés a Lauren.

Caleb soltó una carcajada.

—El muy bobo haciéndome creer que jamás te ha visto. Gracias por presentarnos, Spyros.

La sonrisa del griego se fue desvaneciendo poco a poco.

—Me tengo que ir —anunció Lauren tomando el abrigo. Dios, necesitaba irse.

—Claro que no —dijo Caleb tomándola de la cintura para acercarla a su cuerpo.

—Deberías preguntarle a tu abuela antes de abandonar a Brook —susurró buscando con la mirada a la muchacha.

—Nada de eso, le he dejado claro que no quiero nada que ver con ella. Espero que lo haya entendido. —Miró a Spyros—: Ahora sí, cuéntame la historia de cómo te conociste con Marie.

—Primo, en serio, ¿qué tenía el ponche de esta noche? Apenas hemos cenado y ya te has pasado de copas.

Lauren intentó sin éxito apartarse del abrazo cálido de Caleb.

—¿Spyros? —preguntó Caleb.

—Esta es la primera vez que veo a tu amiga.

—¿De qué hablas?

—No la conozco de nada.

—Es Marie. Marie LeFamn. La mujer que dijiste que creías era perfecta para mí. Y lo cierto es que así ha sido.

Unos tacones amortiguados por la alfombra de la sala fueron conducidos por su dueña. La pelirroja que había llegado con Spyros momentos atrás, hasta el griego, ante una seña de este.

—Es imposible que ella sea quien dices, Caleb. —Tomó a la pelirroja del brazo y la acercó—. Cariño, ¿le dices tu nombre a mi primo?

Con una sonrisa de oreja a oreja. Encantadora.

—Hola, tú debes ser Caleb. El famoso primo de Spyros. Lamento mucho no haberte podido avisar a tiempo que no me sería posible llegar a la cita de la otra noche. He estado ocupado terminando de cerrar unos documentos en la oficina. —Extendió la mano a Caleb, cuyo rostro mostraba sendos signos de consternación—. Soy Marie LeFamn. Abogada aduanera. Aunque imagino que eso ya te lo dijo tu primo. Hemos hecho negocios juntos y siempre me hablaba de ti.

Lauren sintió que la sangre abandonó su rostro. Y con eso también cómo, poco a poco, la mano de Caleb fue aflojando su cintura. Sintió la pérdida del contacto como si le hubiesen propinado una bofetada. No hacía frío, pero de pronto se sentía calada hasta los huesos.

—Quiero que me expliques qué está ocurriendo aquí... —exigió mirando a Lauren. Su tono de voz había conseguido que los murmullos y risas alrededor se detuviesen.

—Te lo puedo explicar —murmuró Lauren con ganas de tener un aparatito que le permitiera retroceder el tiempo. Emke tenía razón.

Pudo haber confesado la verdad, y haberse ahorrado lo que estaba viviendo en ese momento. Decenas de pares de ojos de la alta sociedad estaban sobre ella. La familia Bescott al completo. Incluso la condenada banda de música había cesado.

—Ilumíname —dijo él con fastidio y mirando a Spyros.

—Primo, te prometo que no tengo nada que ver con esto. De haber sabido que alguien usurpó la identidad de Marie... —se pasó una mano por el rostro bellamente esculpido— qué desastre. Todo se nos ha ido de las manos... qué pena. —Miró a la verdadera Marie—: Querida amiga, me parece que este asunto no nos compete. Y yo que pensaba darle una sorpresa a mi primo, creo que el sorprendido he sido yo... o quizá todos. —Miró a su familia y reparó en cómo su abuela se mordía el labio inferior. Un signo inequívoco de que la bribona tenía algo que ver con todo ese enredo—. Será mejor que me aparte —dijo Spyros. No quería echar más leña al fuego, pero tarde o temprano su primo iba a descubrir quién era la persona detrás de todo ese rollo.

Caleb ni siquiera le prestó atención cuando Spyros y Marie se alejaron juntos. Agarró con firmeza a Lauren del brazo.

—¿Quién demonios eres? —preguntó con desdén.

—Caleb, déjame explicarte, por favor.

—Sí, hazlo, y tienes un minuto para conseguirlo para que luego te largues de mi vida. Detesto a la gente mentirosa.

Si alguien pudiera estrujar las manos con el corazón para dejarlo sin posibilidad de continuar bombeando ese era Caleb. Eso era lo que le estaba haciendo con su mirada gélida y sus palabras a ella.

—No planeo que sucediera de este modo... no planeo enamorarme de ti.

Él soltó una carcajada impregnada de incredulidad y rencor.

—Dime quién rayos eres.

—Me llamo Lauren Wade. Soy norteamericana. Además de mi identidad y mi profesión, no te he mentado. Cada beso, cada...

—Cállate. No quiero escuchar nada más que salga de tu boca.

Con el rabillo del ojo, ella vio cómo se acercaba Sylvinna.

—Alto ahí, jovencito. A ninguna mujer se la trata de esa manera —dijo la anciana con determinación—. Además, ella solo estaba siguiendo mis peticiones.

—Entonces, una vez más, intentando hacer de casamentera, abuela —expresó observando sobre el hombro de su abuela a Brook.

—Quiero verte feliz. Quiero que sientes cabeza... que encuentres lo que yo y tu abuelo teníamos.

—No hace falta que me intentes emparejar con la primera mujer que encuentres, ¿qué le ofreciste a cambio? Porque no tengo paciencia ni ganas de saber cómo demonios consiguió esta mujer —miró a Lauren— para hacerse pasar por la amiga que Spyros iba a presentarme.

Lauren iba a abrir la boca, pero Sylvinna se anticipó.

—Un acuerdo de negocios. Ella necesitaba un trabajo y yo quería que accedieras a conversar con Brook porque creo que es perfecta para ti. —Paseó la mirada de Caleb a Lauren y viceversa—. Aunque me doy cuenta que quizá existe algo más entre ustedes. —Sonrió—. No siempre suceden las cosas como esperas.

—Sylvinna, no hace falta que explique nada... yo... yo me iré a Estados Unidos.

—¿Dónde conseguiste este dechado de virtudes?

—Bourlesque —expresó Sylvinna con orgullo— la mejor casa de citas a ciegas de la ciudad. Se lo escuché un día a uno de tus primos.

Caleb se pasó la mano entre los cabellos rubios, desordenándose los. El público que tenían, su familia, no lograban escuchar con claridad, pues Spyros había hecho una seña a la orquesta para que retomara la música. El primo de Caleb estaba atónito, ni en sus más locas ideas imaginó que su abuela llegaría tan lejos... o que las cosas se torcieran hasta ese punto.

—Abuela —dijo Caleb entre dientes— ese es una casa de acompañantes de lujo para hombres. —Miró a Lauren con desprecio—: Esta mujer que me has puesto en el camino es una trabajadora sexual.

—¡No soy ninguna prostituta! —exclamó Lauren, dolida y ofendida—. No tienes idea de cómo pasaron las cosas, así que no tienes derecho a juzgarme.

Sylvinna estaba consternada.

—¿Cómo que una casa de escorts? —Con una rapidez de la que no se creía capaz, Lauren le dijo sobre la propuesta de Emke, la falta de empleo y cómo terminó en Bourlesque—. Oh... en todo caso, no eres lo que mi nieto dice. ¡Discúlpate con Lauren, muchacho! —exigió.

Apartándose todavía más de Lauren, como si le diera asco, abrió los brazos abarcando a su familia.

—Si no les queda claro de qué estamos hablando esta noche les aclararé —dijo a voz viva.

Lauren posó la mano en su antebrazo.

—Caleb, no me humilles así... por favor, no lo hagas. —Él se zafó de su agarre. Le pidió al de la orquesta que cesara la música.

—Muchacho, te vas a arrepentir si lo haces. He visto el modo en que observabas a Lauren. Sientes algo por ella y...

—Querida familia —dijo Caleb interrumpiendo a su abuela y en voz muy alta— si se preguntan qué demonios sucede aquí es que, una vez más, la abuela ha intentado conseguirme esposa. En esta ocasión se ha superado. ¿Sabes en dónde encontró este digno ejemplar? —preguntó señalando a Lauren, quien sentía cómo las lágrimas le quemaban los ojos—. Nada menos que en un sitio de mujeres pre-pago. —El sonido de asombro en la sala no se hizo esperar—. ¡Una prostituta en la fiesta de Navidad!

Lauren no pudo soportar más. Él no iba a escucharla. Desolada giró sobre sus tacones y emprendió la marcha.

Caleb sintió un tirón en el pecho al ver las lágrimas de Lauren. No Marie, no. Lauren Wade. La mujer que pensó que podía merecer la pena para tener a su lado un largo tiempo. Ya no. Cuando la orquesta volvió a sonar y él se dio cuenta de que estaba completamente solo en la entrada del salón, reaccionó.

Buscó a su abuela. Ella, con la expresión afligida, intentaba animar a Spyros a que sacara a bailar a sus demás nietos y nietas. Nadie mencionaba el incidente.

—Abuela —dijo Caleb acercándose a la anciana.

—¿Sí?

—Tengo que marcharme.

—Es una buena chica, Lauren. Fue todo un enredo lo que ocurrió.

—Te pido disculpas por haberte puesto en evidencia con la familia. —Sonrió sin alegría—. Por Dios, ¿de dónde sacaste que una escort podía interesarme?

—No sabía que ese sitio tenía esa reputación. Pensé que era una de esas agencias, porque decía agencia que sepas, de citas a ciegas, así que...

—¿Qué le ofreciste a Mar... Lauren para que accediera a salir conmigo?

Sylvinna lo quedó mirando con los ojos entrecerrados.

—No quería que saliera contigo, tontito, quería solo que te trajera a la fiesta para yo poder presentarte a Brook formalmente.

—Abuela... ya conozco a Brook. Eso lo sabes, pero no quiero tener nada que ver con ella básicamente porque es desleal en sus formas de manejar su negocio. Vende información a la competencia de su empresa.

La anciana abrió la boca.

—Oh, por Dios... no lo sabía. Pensé que...

—Sí, abuela, lo sé. Como es nieta de tu mejor amiga pensaste que compartían los mismos valores.

—Pues sí...

—¿Qué pasó con esta mujer que encontraste en Bourlesque?

—Ella estaba necesitada de un trabajo porque quiere quedarse en la ciudad. Necesitaba un auspiciante para su permiso laboral. Digamos que ambas encontramos que podíamos beneficiarnos si ella conseguía que vinieses.

—¿Y que se acostara conmigo también?

Sylvinna le dio un manotón en el hombro.

—Muchachito descarado, claro que no. Lo que hagas o no con las chicas con quienes sales es asunto de ellas y tuyo. Lauren solo tenía que traerte. Punto.

—¿Y luego?

Sylvinna suspiró con cansancio. Perdió la sonrisa.

—Antes de que todo esto explotara me dijo que quería hablarme sobre el trato de ambas. Me dijo que estaba enamorada de ti y que prefería regresar a Estados Unidos a continuar mintiéndote, pero en eso llegó tu primo.

—¿Es eso cierto?

—Lo es, tesoro, lo es.

Caleb sintió que el mundo a sus pies se desestabilizaba.

—Creo que acabo de cometer un error, aunque eso no justifica la mentira de Lauren.

—Todo fin justifica los medios, en especial cuando ese fin no tiene como objetivo dañar a otros. Ella solo quería un empleo, Caleb. Yo se lo ofrecí. No te conocía. No creo que haya planeado enamorarse de ti...

Él se ajustó la chaqueta como solía hacer cuando estaba muy inquieto por algo.

—Ahora mismo estoy muy enfadado.

—Toda la familia está disfrutando de la fiesta, menos nosotros, ¿qué te parece si intentas disfrutar de lo que queda de la Nochebuena y mañana buscas a Lauren y le pides disculpas por lo que acabas de hacer? Aunque no sé si después de haberla tratado de esa forma frente a toda tu familia, ella quiera saber algo de ti.

—No vuelvas a intentar hacer de casamentera, abuela. Mira lo que ha ocasionado tu disparatada idea.

Con una expresión arrepentida, Sylvinna miró de reojo a Brook. La mujer conversaba amenamente con sus nietas. Quizá había sido un error, pero su intención siempre era buena.

—No sabía que Brook trabajaba a doble rasero.

—Eso es porque eres demasiado optimista. Y por Dios, no vuelvas a meterte en una casa de mujeres pre-pago.

Eso consiguió que Sylvinna riera.

—No lo sabía. ¿Te he contado la historia?

—Será mejor que me marche ahora. No quiero escuchar esa historia, en serio.

—Quizá te sea útil para aclararte más antes de ir a buscar a Lauren. Lo que hiciste es imperdonable. Me siento decepcionada por tu reacción.

—Lo sé... me excedí. Nunca había actuado de este modo...

—Quédate un poco más, Caleb.

Él negó con la cabeza.

—No, abuela, debo irme. Espero que la cena vaya bien. Y sé que mis tíos no son tan cotillas, pero, por favor, procura no darles tantos detalles de tu acuerdo con Lauren. Indistintamente de cuál sea.

Sylvinna suspiró. «Esta juventud tan compleja de ahora.»

—¿Te vas antes de medianoche?

Caleb se encogió de hombros.

—Quizá de algo me sirva que todavía sea víspera de Navidad.

CAPÍTULO 8

«¿Trabajadora sexual? ¡Já! Será cretino», pensó con rabia. La había acusado y condenado frente a toda la familia. Ni siquiera le dio tiempo a explicarle. Mucho menos el beneficio de la duda. Nada. Cegado porque le había mentido, la condenó sin opción a defensa. ¿Qué podía decir eso de Caleb Bescott?

Tonta de ella por haberle confesado que se enamoró de él. Pero, ¿qué pecado era mayor? ¿Querer a una persona o acusar a alguien y causarle dolor? Sí, ella había mentido, pero jamás en el afán de hacerle daño a Caleb.

Quizá si Spyros no hubiera llegado...

Durante el trayecto desde el hotel a su piso tomó la resolución de reestructurar su vida. Lo hizo una vez en el momento que deseó quedarse en Holanda y arriesgarse. Lo haría de nuevo en cualquier sitio del mundo. Ella era una mujer recursiva. El mundo entero estaba abierto en abanico de oportunidades para su vida.

Si el precio de permanecer en Ámsterdam era tener que estar alerta ante la posible visita del nieto de Sylvinna, y ver en su mirada azul el desprecio hacia ella porque creía que era una mujer pre-pago, entonces no iba a pagarlo. Ya le dolía suficiente que la hubiese humillado ante su familia. Que no le hubiese dado el espacio para discutirlo discretamente.

Empezó a sacar su ropa del clóset. A recoger poco a poco sus maquillajes. Todos sus implementos de baño. Sacó las maletas de viaje y colocó sus pertenencias. Le había mandado un mensaje de texto bastante largo a Emke explicándole lo sucedido. Su amiga le pidió que esperara hasta el siguiente día. Lauren no pensaba hacerle caso. No le debía nada a nadie. El contrato firmado con Sylvinna no tenía ningún tipo de atadura. Después de todo, ella había sido quien cumplió a cabalidad el cometido de ese contrato. Si optaba por no aceptar la compensación ofrecida ya era asunto suyo.

Dejó todo sobre la cama y fue hasta su portátil para buscar un boleto de avión. Se regresaba al siguiente día a Nebraska. Si la situación no se había dado como esperaba, entonces no iba a forzarla. Regresaría a su país e intentaría ver el modo de salir adelante y planificar una nueva ruta para cumplir sus metas profesionales. Al final, le haría mucha ilusión ver de nuevo a sus padres. Las fiestas de Navidad siempre eran una buena excusa para visitar a la familia.

Abrió la puerta de la tina de baño y preparó el agua caliente. Le esperaban más de diez horas de viaje y al menos dos escalas antes de llegar a Nebraska.

Que Spyros le hubiera dicho que su comportamiento dejaba mucho que desear, solo ayudó a que Caleb sintiera que la espinita que tenía clavada en la piel se hundiera un poco más... Su primo no era dado a hacer comentario morales o vinculados a consideraciones hacia terceros. Así que el hecho de que se hubiera tomado la molestia,

solo implicaba que de verdad él se había comportado como un cretino.

Experimentando una sensación de desasosiego aceleró el motor del automóvil. Quedaban solo sesenta minutos antes de la medianoche del veinticuatro de diciembre. Las calles estaban vacías, pero ese no era el motivo de su retraso, sino el hecho de que había nieve y tenía que ir despacio.

Dio un puñetazo sobre el volante.

Quince minutos después estaba llamando a la puerta de Lauren.

—¡Ábreme, por favor! —exclamó con insistencia.

Nada. No había ni un solo ruido. ¿Dónde habría ido? Ni siquiera él tenía el teléfono de Emke para llamarla y preguntarle por su amiga. Apoyó las dos manos sobre la puerta y agachó la cabeza.

Segundos después casi se da de bruces contra el suelo. Logró mantener precariamente el equilibrio. Cuando alzó la mirada, Lauren lo observaba.

—No estoy dando atención a clientes a esta hora —dijo a modo de saludo.

Había estado terminando de secarse cuando escuchó cómo alguien aporreaba la puerta. Solo cuando supo quién era el dueño de la voz que llamaba su nombre, Lauren se terminó de vestir con agilidad. Si continuaba golpeando a su puerta, lo más probable era que apareciera el señor Groen y una queja de la comunidad de condóminos y ella terminaría con una multa.

—Lauren —dijo Caleb, absorbiendo la presencia femenina. Con la salida de baño, el cabello húmedo y sin una gota de maquillaje, la veía más hermosa que cuando había estado en la fiesta de su familia—. Yo... lo siento.

—¿Es eso todo lo que viniste a decirme? —preguntó cruzándose de brazos.

—Entiendo que estés enfadada.

Ella soltó una risa impregnada de sarcasmo.

—No me digas, ¿también se te da bien la psicología?

—Lauren...

—Sí, ese es mi nombre. Lauren Wade. No soy una prostituta, ni una mujer que ofrece favores sexuales, muy a pesar de lo que seguramente ahora piensa tu familia. Y lo que, por supuesto, crees tú.

—Me equivoqué. Detesto las mentiras...

—Te recuerdo que todos somos humanos. Cometemos errores. Tenemos ambiciones y sueños. Muchas de esas ambiciones y muchos de esos sueños conllevan sacrificios y decisiones que quizá no meditamos bien. Lo único que hice fue tomar una oferta que me pareció en absoluto dañina... Acostarme contigo no fue algo que hubiera discutido con terceros, menos con tu abuela, ¡por Dios! —expresó mortificada, y empezó a decirle con un borbotón de palabras cómo había ocurrido todo con exactitud. Cuando acabó su relato soltó un suspiro y finalizó diciendo—: Ahora que lo sabes todo puedes irte. Te mentí sobre mi identidad. Eso fue todo.

La puerta se iba a cerrar en sus narices, así que Caleb lo impidió.

—Espera.

Ella puso los ojos en blanco con impaciencia, aunque lo que en realidad trataba de hacer era evitar que las lágrimas se derramaran por sus mejillas.

—¿Qué quieres?

—Siento haberte humillado y tratado como lo hice frente a mi familia.

—De acuerdo. Adiós. —Intentó cerrarle la puerta en las narices, por segunda

ocasión, y de igual forma, Caleb volvió a impedirselo.

—Lauren... Mis reacciones cuando una mujer hace algo que me enfada no suele ser de esta clase. No me enfado.

—¡Qué suerte por ellas!

Se ajustó el cinturón de la salida de baño. No estaba desnuda por debajo, pero teniéndolo a Caleb enfrente se sentía como si lo estuviera. La miraba de aquel modo que ya le era familiar. Cuando quería besarla o tocarla. Cuando la deseaba. Y ella no quería desearlo. ¡Maldición!

—No... no tengo ningún tipo de reacción. Me causan indiferencia. ¿Sabes por qué?

—Porque eres un idiota.

Él sonrió y logró traspasar el umbral de la puerta para luego cerrarla tras de sí.

Lauren se giró y fue a sentarse en el sofá sin modificar su expresión enfurruñada.

—Eso es verdad —dijo antes de sentarse junto a ella.

—No te he invitado a sentarte.

—Lo acabo de hacer porque soy un idiota como bien dices. —Ella intentó contener una sonrisa, y casi lo logró. Eso fue un gran triunfo para Caleb. Dios, se acababa de dar cuenta de algo importante. La inminente posibilidad de no volver a verla o de que no estuviera cerca suyo estuvo a punto de causarle un cataclismo emocional. Y eso solo tenía un diagnóstico. El primer diagnóstico certero que podía darse a sí mismo en su adultez—. Lauren, por favor, mírame a los ojos.

Lauren deseaba con todas sus fuerzas sacarlo de la casa. No volver a verlo. Pero jamás, en los días que llevaban juntos, había escuchado a Caleb Bescott pedir algo tan vehementemente. Ni escuchar ese ligerísimo temblor en su voz. Había ido a buscarla, le había pedido disculpas, pero seguía sintiendo un gran pesar en su corazón.

—¿Luego de eso te irás? —preguntó conectando su mirada con la de él.

—Sí, luego me iré, pero solo si me dices que no me crees.

A modo de respuesta, ella se encogió de hombros.

—Lauren. Las otras mujeres que han pasado por mi vida, después de estar con ellas, si me hacían algún numerito o si acaso intentaban manipularme de alguna forma, me causaban indiferencia. Las dejaba de lado con sus pataletas. No me importaban. Hoy ha sido diferente. Y ¿sabes por qué? —Ella, obviamente, no respondió—. Porque no estaba enamorado de ellas. Porque ninguna ha sido capaz de conseguir que sintiera ganas de pensar a largo plazo.

—Desde tu exprometida, supongo.

—Harper fue un amor juvenil...

—Ya.

—Tú eres un amor en mi adultez. Y lamento profundamente haberte lastimado. No haberte escuchado cuando me lo pediste. Por favor, Lauren, discúlpame.

El corazón de Lauren empezó a aletear con brío. Como una mariposa cuando está a punto de alzar el vuelo por primera vez. Dudó. Y luego cobró fuerza.

—Mañana me iré a Nebraska.

—¿Compraste el boleto de avión en este tiempo que me tomó venir hasta acá?

—Sí...

—¿Qué sientes por mí? —preguntó con suavidad acariciando la mejilla de ella.

—Te lo dije en la fiesta, Caleb...

Él sonrió.

—Entonces estás tan enamorada de mí como yo de ti, ¿verdad?

Las lágrimas de Lauren finalmente dejaron sus ojos castaños para deslizarse sin contención sobre sus mejillas.

—Sí...

Caleb la abrazó y se quedó con ella de esa manera durante un tiempo que ninguno de los dos pudo contabilizar. Pasaron muchos minutos antes de que él se apartara de Lauren. Cuando lo hizo le tomó el rostro entre las manos.

—Si te pido que te quedes a mi lado, ¿vendrías a Nueva York?

—No voy a aceptar el empleo de tu abuela.

—Es una buena jefa, pero eso implicaría que estarías lejos de mí y bajo el mando de esa brujita que es mi abuela —sonrió— entonces, ¿quizá podrías renegociar contigo misma la idea de vivir en Europa?

—No he dicho que quiera estar cerca de ti.

Él se apartó un poco con aquella media sonrisa que solía hacer de las suyas.

—Tienes razón —dijo solemne—. Lauren Wade, ¿aceptarías venir a Nueva York conmigo e intentar que lo nuestro funcione, a pesar de que en ocasiones puedo ser un verdadero idiota?

—Primero tengo que pensar en mi futuro profesional.

—¿Eso implicaría que, si te ofreciera ser tu socio en cualquier empresa que tengas pensada montar, me rechazarías?

—Eso no es justo, Caleb.

Él se encogió de hombros.

—Negociar es parte de mi vida. Aunque solo hay algo que no es negociable.

—¿Por ejemplo? —preguntó ella con una sonrisa.

—Tú y la idea de que quieras estar lejos de mi lado. Quiero explorar contigo todas las posibilidades. Déjame conocerte más, y déjame formar parte de tu vida.

—¿Tienes un tiempo pensado en el que eso debería ocurrir?

—Toda la vida.

Lauren sintió cómo se expandía en su pecho la sensación de plenitud. ¿No era acaso la época de amor y perdón? Todos cometían errores, y ese magnífico hombre que estaba a su lado acababa de abrir su corazón ante ella.

—Esa es una excelente idea —susurró contra la boca de Caleb.

El eco de un reloj a lo lejos marcaba las doce campanadas que daban paso a la medianoche y el inicio oficial del día de Navidad.

Epílogo

Navidad era una época especial para los Bescott. Ya contaban tres años desde el día en que se conocieron en Ámsterdam, y aún les causaba gracia cómo habían sucedido las cosas. La idea de ser padres continuaba en el horizonte, pero no tenían apuro por ello. Todo llegaría en el momento preciso.

Después de aquella noche en que se reconciliaron en Ámsterdam, Lauren voló a Nebraska y Caleb la acompañó. Estuvieron varios días en Omaha. Recorrieron la ciudad, ella le presentó a sus amigos locales, así como a su familia.

En una proposición de matrimonio muy romántica, rodeados de nieve, Caleb le entregó un solitario precioso. La única forma de que Lauren creyera en el amor que él decía tener era mirándolo a los ojos. Aquellas gemas azules eran capaces de transmitir todo lo que el corazón de Caleb sentía sin lugar a equivocaciones. Al menos lo era para alguien que había aprendido a leer con los ojos del corazón.

Durante los siguientes meses a la propuesta matrimonial, Lauren recibió la visita de Emke. Su amiga la ayudó a organizar la ceremonia nupcial. Fue una ceremonia preciosa y discreta. De hecho, Caleb y Lauren se casaron dos veces.

La primera en Nueva York, y para ese motivo toda la familia Wade viajó hasta la cosmopolita ciudad. La segunda fue en Ámsterdam, ante la mujer que —de una forma poco común— había conseguido que se conocieran. Sylvinna no pidió disculpas por el lío que armó con sus maquinaciones románticas, de hecho, la muy granuja dijo que se alegraba de que sus triquiñuelas hubiesen dado buenos resultados. Aquel argumento sacó una carcajada a Caleb y le valió un abrazo afectuoso de Lauren.

Quizá la Navidad traía alegrías y tristezas en partes iguales. Lo importante era saber convertir esos reveses en oportunidades y dejar al corazón tomar el sitio del orgullo y el ego.

—Cariño, ven aquí, por favor —dijo Caleb desde la cocina de la mansión que compartían en Manhattan.

Con una sonrisa, Lauren cerró el álbum de fotos de su matrimonio.

—Señor Bescott, ¿qué necesita? —preguntó con coquetería abrazando a su esposo de la cintura y mirándolo con adoración.

—Siempre a usted, señora Bescott, pero en esta ocasión tenía una pregunta que hacerle. Una muy importante.

Lauren estaba más animada que de costumbre. Su cabello brillaba de un modo especial y había estado guardando en secreto una noticia importante.

—¿Sí? A ver, sorpréndeme.

Él se inclinó para besarla durante un largo rato.

—Hoy es Nochebuena.

—Lo sé.

—Tengo un obsequio para ti —dijo sacando una cajita de Tiffany & Co. —. Espero que te guste, cariño.

Ella abrió espacio y encontró un precioso anillo de diamantes.

—Caleb, es hermoso. ¿Por qué me das un nuevo anillo de compromiso?

—Porque para mí es importante que sepas que lejos de que el amor que siento por ti se apague, cada año crece.

—Eso es un poco cursi para nuestros estándares —replicó con una carcajada, mientras él le ponía el anillo.

—Es verdad, quizá sea porque mi intuición se ha afinado un poco.

—¿Ah, sí?

—Vamos —dijo riéndose antes de abrazarla y deslizar sus manos por los costados bordeando los pechos de Lauren— quítame la ansiedad.

Lauren rodeó el cuello de su esposo con sus brazos.

—Solo si respondes a una pregunta con sinceridad.

Caleb asintió y deslizó las manos por la espalda de su esposa y las dejó en su trasero firme.

—Claro que te deseo.

—No he hecho la pregunta todavía —dijo con una sonrisa.

—Lo sé, pero por si te lo estabas cuestionando —replicó él con picardía.

—Después de que empezamos a trabajar juntos en mi pequeña empresa, me di cuenta de que necesitaba otro socio. Y creo que será el más importante. —Se apartó de Caleb y tomó sus manos fuertes para ponerlas sobre su abdomen—. ¿Te importaría que tanto en tu empresa de softwares, como en que tenemos a nombre de los dos en servicios comerciales, intervenga un socio o una socia adicional?

—Oh, Lauren —susurró contra la boca de su esposa— te amo. Claro que no. Es la mejor noticia que me has dado desde que aceptaste casarte conmigo. —Miró el reloj sobre el hombro de su esposa—. Nuevamente la mejor noticia que me has dado antes de una medianoche de Navidad.

SOBRE LA AUTORA

Escritora ecuatoriana de novela romántica y ávida lectora del género, a Kristel Ralston le apasionan las historias que transcurren entre palacios y castillos de Europa. Aunque le gustaba su profesión como periodista, decidió dar otro enfoque a su carrera e ir al viejo continente para estudiar un máster en Relaciones Públicas. Fue durante su estancia en Europa cuando leyó varias novelas románticas que la cautivaron e impulsaron a escribir su primer manuscrito. Desde entonces, ni en su variopinta biblioteca personal ni en su agenda semanal faltan libros de este género literario.

Su novela "Lazos de Cristal", fue uno de los cinco manuscritos finalistas anunciados en el II Concurso Literario de Autores Indies (2015), auspiciado por Amazon, Diario El Mundo, Audible y Esfera de Libros. Este concurso recibió más de 1.200 manuscritos de diferentes géneros literarios de 37 países de habla hispana. Kristel fue la única latinoamericana y la única autora de romántica entre los finalistas.

La autora también fue finalista del concurso de novela romántica Leer y Leer 2013, organizado por la Editorial Vestales de Argentina, y es coadministradora del blog literario Escribe Romántica. Kristel Ralston ha publicado varias novelas como Entre las arenas del tiempo, Mientras no estabas, Punto de quiebre, La venganza equivocada, El precio del pasado, Un acuerdo inconveniente, Lazos de Cristal, Bajo tus condiciones, El último riesgo, Regresar a ti, Un Capricho del Destino, Desafiando al Corazón, Más allá del ocaso, Un orgullo tonto, entre otras.

Kristel vive actualmente en Guayaquil, Ecuador, y cree con firmeza que los sueños sí se hacen realidad. La autora disfruta escribiendo novelas que inviten a los lectores a no dejar de soñar con los finales felices.

Puedes seguirla en Twitter @KristelRalston o
www.facebook.com/KristelRalstonLibros

Escríbele a kristelralstonwriter@gmail.com